

xrite

colorchecker CLASSIC



M.C.D. 2022

Magdalena y Carmen S. Fuentes



# Aves de paso

(NOVELA INFANTIL)



LIBRERÍA Y ENCADERNACIÓN DE L. PÉREZ  
Ramiro el Monje, 35

1909

ES

18

Blank label

M.E.D. 1022

FUENTES



AVES  
DE  
PASO



IFA-622

M.C.D. 202







Magdalena y Carmen S. Fuentes



# Aves de paso

(NOVELA INFANTIL)



LIBRERÍA Y ENCADERNACIÓN DE L. PÉREZ

Ramiro el Monje, 35

1909



R 034868  
Magdalena y Carmen S. Fuentes



NT= 105.382

CB= 1135153

# *Aves de paso*

(NOVELA INFANTIL)



HUESCA

TALLERES TIPOGRÁFICOS DE L. PÉREZ

Ramiro el Monje, 35

1909

---

Es propiedad del editor. Queda hecho el depósito que marca la Ley.

---

A JACOBA PÉREZ BARÓN

---

*Este libro, que refleja las tristezas y entusiasmos de nuestra niñez, sólo puede dedicarse a una hermana y por lo tanto, á á ti, alma hermana de las nuestras, enamorada de los mismos ideales y capaz de comprender desde niña toda la intensidad del dolor.*

*Magdalena-Carmen.*

A nuestra querida ami-  
ga Desamparados. Háize  
esperando que reciba con  
su dulzura habitual es-  
tas pobres "Aves de paso,"  
mensajeras de nuestro  
carino

Magdalena  
Carmen

12-V-912.

Mil felicidades

## I

Madrid, envuelto en blanco velo de nieve, esperaba la llegada de los Reyes Magos, como las princesas de los cuentos que aguardan en traje de boda al príncipe que las desencante y les devuelva el trono y la dicha.

Una temperatura bonancible, que trocaba la nítida alfombra de las calles en pegajoso barro, permitía á los vendedores ambulantes exponer sus baratillos, y la Puerta del Sol y las vías limítrofes parecían inmensos bazares, donde se expendían los originales productos de esas pequeñas industrias madrileñas que, con recortes de trapo y cartón, improvisan rudimentarios juguetes, intencionadas caricaturas y frágiles chucherías. En banastas ó cajones, alumbrados por oscilantes luces de acetileno, se amontonaban maravillas de precio ínfimo, cuyo movimiento, duración y calidad ponderaban sus autores ó vendedores con las done-

sas hipérboles que salpican la pintoresca charla del pueblo de Madrid.

A veces se detenía algún carruaje frente á las tiendas de lujo y una elegante *reina maga* descendía á la acera, cubriéndose casi todo el rostro con el manguito de piel hasta hallarse en la tibia atmósfera del comercio, donde elegía mil monadas, que unía después en la berlina con los paquetitos timbrados en las confiterías de moda.

Los dependientes no descansaban un momento, enseñando unas veces un precioso bebé á un anciano *monarca* de plateada barba, envuelto en costoso abrigo; colocando otras en correcta formación un ejército de plomo, elegido por un matrimonio joven; buscando entre las mil baratijas expuestas al público algo útil, como deseaba una prudente *maga* de la clase media, ó escudriñando la estopa de los cajones para encontrar alguna muñeca lisiada que un *rey* cesante pretendía comprar por unas cuantas monedas de cobre.

El mismo sentimiento, la misma idea impulsaba á todos los magos madrileños que iban de un lado á otro, echando de menos los camellos de los reyes orientales, que hubiesen llevado sin fatiga la pesada carga que ellos transportaban fatigosamente.

Los niños habían huído á refugiarse en sus casas, donde los retenían la nevada y el temor de desagradar á los reyes que necesitan campo libre para sus múltiples evoluciones; por eso después

de colocar en miradores, balcones y ventanas sus zapatitos ó bandejas, accedían á acostarse hasta que la aurora del nuevo día les permitiera ver realizada la más bella ilusión de todo el año.

Como excepción casi única, vagaba Pepe solo y entristecido, deteniéndose ante todos los escaparates. Sin embargo, no se atrevía á soñar con dádivas regias. Las ilusiones que en ellas cifraban sus hermanas le producían indecible amargura al recordar la decepción que habían sufrido el año anterior, cuando hallaron sus bandejas heladas y vacías. Pilarín había llorado sin consuelo; él y Mercedes, no, porque habían visto á su pobre padre que en vano pretendía contener las lágrimas y que consolaba á la chiquitina, diciéndole:

— Calla, cielito, que si me colocan, como tendré mucho dinero, te compraré todo lo que quieras.

Pero había pasado un eterno año de privaciones y amarguras; á su padre nunca le llegaba el anhelado nombramiento; Pepe adivinó que las bandejas aparecerían vacías otra vez, presintió un nuevo desencanto para las pequeñas y no quiso resignarse á verlas afligidas por el descuido de los reyes. Él supliría su falta. Lo malo era que necesitaba dinero para realizar su plan; pedirselo á su padre hubiese resultado cruel é inútil; sólo le quedaba un recurso: vender á cualquiera de sus condiscípulos la magnífica colección de fototipias que había tardado tanto tiempo en reunir. Pero ¡qué sacrificio!... ¡Perder aquellas variadas series

que contenían, cual diminuto *portfolio*, vistas de medio mundo, retratos de hombres célebres, de reinas, actrices, toreros y artistas!

¡Imposible! precisamente su supremacía sobre los demás chicos del Instituto consistía en considerarle como el más rico poseedor de las codiciadas láminas de cajas de fósforos. Pero sus hermanas sufrirían de nuevo un desencanto cruel... ¿qué partido tomar?

Por fin consumó el sacrificio vendiendo á varios compañeros de clase su *tesoro* por la enorme cantidad de cinco reales. Además, había ganado dos pesetas haciéndole á un discípulo el trabajo que el catedrático de Historia les había impuesto durante las vacaciones de Navidad, un hermoso y complicado mapa histórico del imperio romano. Así es que no iba, como mero curioso, de comercio en comercio; oprimía entre sus ateridas manos las monedas de plata y de cobre sin hallar ocasión de comprar nada.

Recordando las preciosidades que contenía la casa de muñecas de sus hermanas, las baratijas de los tenderetes callejeros le parecían feas y toscas; por eso se decidió á entrar en los *Refrescos Ingleses* y preguntó por varios de los primorosos y originales caprichos que contenían los escaparates.

Salió horrorizado; todo costaba un sentido; el oficiar de rey mago resultaba más difícil de lo que parecía.

Casi avergonzado de sus exiguos recursos, di-

rigióse al *Bazar X*, donde al menos los objetos tenían indicado el precio, lo cual facilitaba la elección.

Oleadas de gente invadían el recinto, transformado en tentadora exposición de juguetes. Pepe comenzó á escudriñar las vitrinas; pero no hallando nadá que por su tamaño ó novedad sirviese para la primorosa casa de muñecas, se decidió á adquirir una comba que, por su exiguo valor, no alteraba sensiblemente su presupuesto.

Salió ufano del bazar y se dirigió á una de las confiterías de la calle de Carretas, cuyo dueño era padre de uno de sus discípulos, el cual, al oírle pedir dos merengues y un real de caramelos, exclamó bromeando:

—¡Qué goloso! ¿te gastas en dulces el dinero de las fototipias?

—No lo creas; es que me he convertido en rey mago para que mis hermanas no encuentren vacías sus bandejas, olvidadas por los Reyes.

La dueña de la confitería, ocupada en rellenar preciosas bomboneras, se conmovió hondamente y dijo:

—Felipe, dale á tu amiguito bombones y peladillas para aumentar sus regalos.

El niño obedeció y Pepe, confundido por la atención de la señora, se marchó loco de contento.

En una mercería compró dos relucientes dedales, para unir lo *útil* á lo *dulce*; y, como aún le quedaba bastante dinero, se encaminó al *Bazar de la*

*Unión*, donde casi agotó su caudal adquiriendo un caprichoso puesto de leche, cuyos diminutos utensilios encantarían á las pequeñas.

Sólo entonces pensó en sí mismo, en lo que hubiera constituido su ilusión si los Reyes fueran capaces de mostrarse generosos con él eligiéndole algún aeroplano, algún ingenioso mecanismo con motor eléctrico... por lo menos uno de aquellos infantiles cinematógrafos, que se alineaban sobre el mostrador que tenía enfrente, ofreciendo con sus arrolladas películas variadas y pintorescas proyecciones.

Largo rato permaneció inmóvil contemplándolos; y, tan absorto se hallaba, que se quedó confuso y aturdido cuando un caballero que, sin notarlo él, se había aproximado, le preguntó de pronto:

—¿Qué haces aquí?

La turbación de un momento se trocó en alegría al reconocer á su padre; y, resuelto á guardar el incógnito de rey mago, pretendió esconder los paquetes, pero tuvo que darse por vencido cuando el recién llegado le interrogó con extrañeza:

—¿Cómo has podido comprar nada sin dinero?

—He vendido todas mis fototipias y además un mapa, hecho por mí, para un chico muy torpe de la clase. Me afligía el que las pequeñas sufriesen mañana una desilusión y he gastado en juguetes y en dulces lo poco que he podido reunir.

Su interlocutor le preguntó emocionado:

—Y tú ¿no esperas nada?

—No—contestó el niño tristemente.

—¿Qué te gustaría?

—Varias cosas—murmuró por evadir la respuesta.

—¿Qué mirabas con tanto entusiasmo, cuando te he sorprendido?

Confesar la verdad le pareció á Pepe una locura; temió que su padre se entristeciese y guardó silencio.

—Te encantan esos cinematógrafos... no lo niegues.

Le fué imposible resistir, y exclamó:

—¡Ya lo creo! si los Reyes se acordasen de nosotros, les hubiera pedido eso para mí y para las niñas aquella cocina económica en que casi se podría guisar de veras.

—¡Sí que es bonita! pero... vete á casa... mira que iré al momento y que me enfadaré si aun no has llegado.

Pepe se alejó sorprendido por la ambigua actitud de su padre; rehuyendo los sitios más frecuentados en que la insistencia de los vendedores y la aglomeración de transeuntes dificultaban el paso, llegó á la calle de Tudescos, obscura y solitaria á aquellas horas, y subió hasta el segundo piso de una de las viviendas más destartadas y antiguas.

La impaciencia desveló á los niños más pronto que de costumbre en la mañana de Reyes.

Mercedes y Pilarín corrieron al balcón en que habían depositado las bandejas, y Pepe, que se había abalanzado á abrirle, lanzó un grito de indescriptible alegría: sobre las frías baldosas se destacaba, en primer término, el hermoso cinematógrafo que nunca creyó poseer y entre la comba, el puesto de leche y los dulces, la flamante cocina económica ostentaba sus brillantes enseres.

Inmenso fué el regocijo de los niños y de su pobre padre, que los contemplaba con ternura; pero aun fué mayor el asombro y el contento de todos, cuando divisaron sobre una bandeja otra prueba de la generosidad de los Magos que era... ¡quién lo creyese! para su padre y que consistía nada menos que en el codiciado nombramiento que, sin duda al pasar por Madrid, habían arrancado los Reyes á los reacios y olvidadizos políticos.

## II

Manuel Solís, con la modesta fortuna heredada de sus padres, había fundado un diario político, consagrado á la defensa de todos los nobles ideales que no había podido difundir en los periódicos ajenos. Sin embargo, las valientes campañas que en él sostuvo no le encumbraron á ningún puesto lucrativo, porque, mostrándose intransigente con la inmoralidad y la injusticia, no se doblegó á las exigencias de ningún jefe político y su altruismo, su generosidad, sólo le acarrearón la pérdida de su fortuna y de sus ilusiones juveniles.

Su familia, una honrada familia de hidalgos provincianos, se había opuesto á la fundación del periódico; pero, después de previsoras é inútiles advertencias, había concluído por abandonar á aquel loco de Manuel, que sólo halló consuelo en el inmenso amor y en la abnegación inagotable de

su esposa, compenetrada con la elevación de miras y con el sublime desinterés de su marido.

La penuria y la desilusión, cerniéndose sobre aquel hogar, antes feliz, cual siniestras aves, hicieron presa en el sér más débil, y Teresa perdió la vida en la lucha contra el porvenir incierto que abatía á Solís y amenazaba sumir en las más duras privaciones hasta á los tres chiquitines, mimados por sus padres con apasionada ternura.

La muerte de Teresa precipitó la ruina de la familia; el desorden, los desmanes y abusos de las criadas, produjeron la más espantosa anarquía doméstica; Manuel comenzó á retraerse de la política para consagrarse á sus hijos; muchas tardes, por acompañarlos á paseo, faltó á las sesiones de Cortes; muchas noches, por atenuar el vacío que la muerta adorada había dejado, se olvidaba de asistir á los estrenos teatrales. Estaba anonadado, vencido en la formidable lucha sostenida primero por el triunfo de sus convicciones, después por la vida, por el cotidiano sustento de aquellas pobres criaturas.

Pepe y Mercedes, cuya precoz inteligencia les hacía superiores á su corta edad eran, más que hijos, compañeros y confidentes de sus desventuras y la amarga experiencia, las crueles decepciones del padre, iban infiltrando en el alma de los niños el más doloroso concepto de la vida.

Dejaron de reir y aun de jugar; Mercedes agotó sus débiles fuerzas en trabajos domésticos, des-

cuidados por las rebeldes criadas; Pepe, impaciente, febril, espía los desalientos de su padre para reanimarle, recordando los buenos tiempos en que sus fogosos artículos preocupaban al gobierno. Todos los días corría anhelante al buzón del periódico, donde depositaban el correo, soñando con encontrar en las cartas pedidos de nuevas suscripciones y... ¡quién sabe! la esperada credencial de algún destino que pusiese fin á la precaria situación en que se hallaban.

Todo inútil; los anuncios desertaban de la última plana de un periódico tan poco leído; los redactores, ya sin sueldo, emigraban; hasta las empresas teatrales les regateaban las butacas ó les asignaban los palcos más altos, las últimas filas.

Solís defendía la vida de su periódico, de aquel hijo de su espíritu, encarnación de sus aspiraciones y entusiasmos, con el obstinado valor de un capitán de navío, dispuesto á morir asido á un mástil de su buque. Él también hubiera muerto así, aferrado á sus convicciones, tremolando el último número de su periódico con el orgullo de una bandera invencible. Pero tenía otros hijos de carne, y su vida era más sagrada; por evitarles un sufrimiento debía doblegarse, mendigar destinos, arrostrar humillaciones.

El periódico, antes diario, se convirtió en semanal; sólo se publicaba por la obstinación de Manuel, que redactaba todo el número, desde el artículo de fondo hasta los cultos religiosos. Pepe

escribía las fajas de las exiguas suscripciones, cobraba los escasos anuncios, llevaba las galeradas á la imprenta; y los niños, al entrar en la redacción solitaria, donde yacían en montones los periódicos atrasados que nadie había querido comprar, experimentaban una sensación análoga á la que les invadía al penetrar en la antigua alcoba de su madre; es que allí también se moría algo: un ideal, la juventud de su padre, sus entusiasmos y sus esfuerzos, concentrados en aquellas hojas impresas; por eso era tan dolorosa la muerte del periódico; por eso el día en que definitivamente dejó de publicarse, fué un día de duelo en que Solís, doblegado ante el infortunio, vencido por el egoísmo y la deslealtad, se desplomó, como el roble derribado por el postrer hachazo, sobre el último número del periódico.

La vida llegó á hacérseles casi imposible cuando Pilar cayó enferma. La tristeza minaba el organismo de la niña casi tanto como la anemia que empobrecía su sangre; semejante á un pajarillo arrebatado al confortante calor, á la solicitud amorosa de una madre, desde la muerte de Teresa vagaba, cual ave sin nido, tiritaba en su solitaria camita, se negaba á comer y lloraba sin motivo aparente, torturando á Mercedes, cuyo cariño en vano se afanaba por suplir al amor maternal.

El médico recetó vida campestre, costosos específicos y alimentación reparadora, lo más difícil en la situación en que se hallaban; y entonces se

inició uno de esos desgarradores dramas íntimos en que toda una familia se inmola por el sér querido, dándole realmente la sangre de las venas, la vida misma al darle, convertido en alimentos y medicinas, lo imprescindible para el propio sustento. Fué despedida la criada y sustituida por la portera, que ejecutaba las faenas completamente imposibles para Mercedes; cercenóse la ración cotidiana para que la chiquitina no careciera de leche ni de extracto de carne; y, á lo último, cuando faltaba todo, los trozos de vaca desangrados, exprimidos, convertidos en piltrafas blancuzcas por la máquina de prensar, llegaron á constituir el único alimento de Solís y de sus hijos mayores.

Era imposible resistir más; en vano Manuel había acudido á su familia, á un hermano de su padre, canónigo de la catedral de Henara. La respuesta no vino acompañada del tentador precinto que defiende los valores declarados, ni de una letra sobre el Giro mutuo, ni siquiera de un compasivo billete de Banco; llegó henchida de tardíos consejos y de duras recriminaciones. Aquella situación era lógica; el tío lo había previsto todo, se lo había vaticinado hacía tiempo; y, entre líneas, vibraba la vanagloria de inspirado augur, que se congratula de la realización de sus profecías.

Solís no insistió más. Dios, fortaleza de los débiles y de los vencidos en la lucha por todo noble ideal, irradió un destello de esperanza sobre la pobre familia. Un camarada de Manuel, redactor

de uno de los principales rotativos madrileños, le transmitió la proposición que á él le hacían y que no estaba dispuesto á admitir: trasladarse á Orbeda para fundar un periódico que fuese bandera del combate electoral que iban á reñir en aquel distrito los partidarios del duque de Bernesga, derrotado en las anteriores elecciones.

Manuel aceptó el cometido como una solución providencial, y los encomiásticos informes transmitidos á Orbeda por los periodistas madrileños, decidieron á los políticos provincianos á aceptar por director de su futuro diario á un luchador tan audaz y animoso como Solís.

### III

Cual si los Reyes Magos hubiesen logrado con sus dádivas disipar la tristeza que se cernía sobre aquel hogar, el seis de Enero fué para los niños y para el mismo padre un día de júbilo, tanto más radiante, porque aquella alegría era la reacción de largos meses de incertidumbre y de amargura.

Y es que los Magos habían dejado diseminados entre sus presentes los únicos dones que mitigan los dolores de la humanidad, las ilusiones que enlazan mágicamente la prosa de la vida con las irrealizables quimeras de los sueños.

La dirección del *Heraldo de Orbeda*, á más de un cargo importantísimo, digno del talento de su padre, representaba para los niños, sobre todo para Merceditas, avezada á luchar con la penuria doméstica, un sueldo fijo, una existencia sin apuros, en la cual cada uno veía resurgir sus aficiones predilectas: Pepe, el animado ajeteo de la vida perio-

dística, los teatros gratuitos, las invitaciones para toda clase de festejos; Pilarín vislumbraba un bazar entero de juguetes, que irían destrozando sus traviosos deditos; y sólo la juiciosa Mercedes soñaba con tener la despensa surtida, la vajilla repleta y los armarios llenos nuevamente de ropa, como en tiempo de su madre.

La imaginación y el optimismo de Solís daban alas á las ilusiones de los pequeños. Ciertamente que el sueldo que iba á disfrutar no correspondía á la importancia, al trabajo, ni á las responsabilidades del cargo: dos mil quinientas pesetas anuales no eran una gran suma para una familia empobrecida y desgobernada; pero la baratura de las provincias resolvería el conflicto. Y, evocando los recuerdos de su niñez, creyendo que los precios y la vida se habían estacionado desde entonces, deslumbraba á los niños con la descripción de Orbeda, descripción puramente imaginaria, porque Manuel no conocía la ciudad. Mas ¿qué importaba? todas las capitales de provincia serían lo mismo y Orbeda una especie de Arcadia feliz, trasunto de Jauja, donde los perniles, si no colgaban precisamente de los árboles, podían adquirirse á un precio irrisorio, lo mismo que la caza, los huevos, la leche y todos los artículos necesarios ó superfluos. Y Pepe, cuyo saludable apetito se hallaba exacerbado por las recientes privaciones, imaginaba ya una caravana de capones y pavos, un desfile de sabrosas paellas, de succulentas pepitorias, de rubias na-

tillas y de tembladores flanes con que los obsequiarían las solícitas criadas provincianas.

Cual siempre sucede, el vértigo de las ilusiones se convirtió bien pronto en fiebre de acción, para correr en busca de la halagadora realidad. Había que prepararlo todo para el viaje y... ¡como si no fuese nada!... había que levantar la casa, sin una persona inteligente que dirigiera tan ardua maniobra.

Esta dificultad y la carencia de recursos contribuyeron á que Solís adoptase una de las resoluciones radicales con que, desde que se hallaba viudo, acostumbraba á solucionar los conflictos domésticos. Venderían todos, absolutamente todos los muebles y comprarían otros en Orbeda.

Su traviesa imaginación comenzó nuevamente á jugarle malas pasadas, haciéndole creer que con la venta de unos muebles tan sólidos, tan cómodos y tan antiguos como los que en Madrid poseían, obtendría una suma importante que cubriría los gastos de viaje y aun consentiría adquirir en Orbeda, donde todo sería tan barato, otros nuevos, coquetones y limpios.

A Pepe le encantó la idea y se dispuso á recorrer las innumerables prenderías de su calle, brindando á sus dueños con el deslucido ajuar de su casa. Pilarín sólo puso una condición: que no se vendiese la casa de muñecas; pero Mercedes combatió la resolución de Solís con una energía impropia de su carácter y de su edad. Cada mue-

ble conservaba un recuerdo, una huella invisible de su madre. ¡Cómo entregar á personas indiferentes aquellos armarios, impregnados en el perfume de sus ropas, aquellos espejos que habían reflejado su imagen, aquellos muebles bruñidos, mimados por sus manos hacendosas, que los limpiaban con solicitud casi maternal, porque ella irradiaba en torno suyo una ternura infinita!

Solís, aunque conmovido profundamente, trató de convencerla. ¡Tenían tantos recuerdos de su madre!... trajes... retratos... y, sobre todo, aquel efluvio inmaterial que los unía con la muerta, aquella nostalgia de sus caricias, aquel eco de su voz, vibrando siempre en sus almas y haciéndola inolvidable.

Merceditas protestó, casi indignada: no temía que la llegasen á olvidar sin aquellos recuerdos materiales... eso era absurdo, imposible... Se oponía á la venta por considerar una profanación el que fuese de nadie lo que había sido de *ella*.

Manuel vaciló, sobrecogido por un respeto tan profundo hacia la memoria de Teresa, como hacia la conmovedora tenacidad de su hija. Volvió á echar cuentas, sumando á los gastos de viaje los de embalaje y transporte del mobiliario; pero las cifras implacables, abrumadoras, con la inexorabilidad de la exactitud, no sólo se impusieron á Solís, sino que anonadaron á Mercedes, que cedió á viva fuerza.

La casa fué invadida por chamarileros y pren-

deras que se paseaban por las habitaciones como por terreno conquistado, palpando cortinones, sopeando colchones, desenfundando butacas y desvaneciendo con sus despectivos gestos, y sobre todo con sus miserables ofertas en metálico, las esperanzas pecuniarias que el periodista cifraba en la almoneda.

Ningún trato llegaba á ultimarse, y Manuel y Pepe, exasperados, renegaban de los traficantes y emigraban de la casa por encontrar indignas de ellos aquellas *cosas de mujeres*, aquellos regateos mezquinos, aquellas cicaterías vergonzosas.

Mercedes, transida de dolor, veía desfilar nuevos compradores, enviados por su hermano; oía despreciar los objetos más queridos de su madre y sollozaba al pensar en separarse de ellos.

El tiempo transcurría; de Orbeda llegaban cartas, cada vez más apremiantes; era forzoso terminar y Solís se decidió á malvenderlo todo. El menaje de la redacción fué transportado á un carro de mudanzas y tras él las sillerías, los aparadores, los armarios.

Mercedes vagaba como una sombra por las habitaciones dismanteladas, refugiándose en el gabinete de su madre, todavía intacto. Allí la evocación era tan intensa, que casi la hacía enloquecer. Desde el terrible día nadie había usado aquellos muebles, y la infinita tristeza de las cosas, cantada por tantos poetas, hablaba á su espíritu con acentos desgarradores.

Su tocador, que aún conservaba los frascos de perfumes empezados; la polvera, que ocultaba la borla que acarició su rostro... las imágenes ante las cuales se prosternaba para rezar... el costurero... aquel costurero, relicario de las habilidades de su madre!

Mercedes creía verla sentada junto á él, alzando la tapa que á ellos les estaba vedado levantar para que sus manitas traviesas no alterasen el admirable orden que reinaba en los primorosos cajoncitos, llenos de objetos cuidadosamente clasificados: papeles de agujas, brillantes tijeras, piezas de cinta, bolitas de cera destinadas á aumentar la consistencia de las sutiles sedas elegidas para los zurcidos, algodones de diferentes gruesos y colores, carretes ordenados en formación correcta...

La niña recordaba con amorosa devoción todos los preliminares que su madre antepónía á la costura: la ropa separada en montoncitos, las agujas enhebradas en hilos de distintos gruesos y prendidas en fila sobre el almohadillado borde, todos los minuciosos preparativos del delicado trabajo, de la primorosa urdimbre de aquellos tenues zurcidos que *honraban la ropa*, al decir de las amigas de su madre.

Merceditas se torturaba inútilmente buscando un medio para no separarse de objetos tan queridos. Aunque era muy doloroso, su padre tenía razón; carecían, no sólo de recursos, sino hasta de los trajes necesarios para presentarse decen-

temente en Orbeda. No les quedaba ni una de aquellas alhajas que á ella le habían parecido más preciosas porque, en vez de adornar á su madre, parecía que recibían su esplendor de la hermosura de Teresa. Las joyas habían sido las primeras á emigrar de aquel hogar arruinado, como alegres golondrinas á quienes ahuyenta la sola perspectiva de un triste invierno. ¿Quién las tendría? ¿sería posible que otra mujer las exhibiese indiferente, vanidosa ó frívola? ¿Dónde estarían? En el *Monte*, le contestaba invariablemente su padre añadiendo, con su habitual optimismo, que podrían recuperarlas cuando tuviesen dinero. Mercedes, no sólo desconfiaba de conseguirlo, sino que aborrecía la benéfica institución, imaginándola una especie de sima que absorbía los tesoros de los desgraciados, un dragón insaciable, cual los de los cuentos, que con voracidad cruel se lo engullía todo... al menos todo lo que faltaba en su casa...

¿Todo? ¡no!... una idea radiante acababa de iluminar su memoria con el fulgor de una esperanza... Quedaba algo, de relativo valor, y precisamente era suyo, sólo suyo... un regalo de su madrina, á quien debía los más primorosos juguetes de su casa de muñecas, sus más lujosos vestidos y aquel hermoso cubierto de plata con sus iniciales, que, por rara excepción, conservaban aún. ¿Cómo vacilar?

Echó á correr hacia el comedor; pero en el pa-

sillo tropezó con los mozos de cuerda que iban en busca del lecho de su madre y de los demás objetos del gabinete.

Mercedes retrocedió, y defendiendo la entrada tenazmente les impidió que se acercasen. Su hermano penetró en la estancia para convencerla, para hacerla entrar en razón. Si quería á su padre, no le debía torturar viéndole abatido, extenuado. Aquella obstinación era una falta de cariño y de cordura... todos sufrían, pero se sacrificaban en silencio, valerosamente, sin protestas...

La niña atajó sus reflexiones y muy bajito le comunicó su pensamiento; tenía que ayudarla, correr á una platería, vender el cubierto y volver volviendo con su importe para rescatar el lecho consagrado por la agonía de su madre.

Pepe, admirado y tembloroso por la emoción, ejecutó la orden; y cuando al anoecer volvió Solís, halló á los dos niños llorando con amarga alegría en la alcoba enlutada por las crecientes sombras.

#### IV

Todo estaba dispuesto para el viaje; en las desmanteladas habitaciones sólo quedaban baules, cuerdas, clavos desprendidos de las paredes, papeles rotos y los fardos que ocultaban los únicos objetos que iban á acompañarlos á Orbeda; el más pequeño contenía la casa de muñecas salvada, más que por el capricho de Pilar, por los tiernos recuerdos que encerraba.

Todo en ella era lindo y primoroso. Copia fiel de aristocráticos hoteles, no faltaban ni el vasto salón de baile, estilo Luis XV, decorado con delicadas alegorías de la danza y de la música; ni el coquetón saloncito, tapizado de azul, donde la dueña del palacio recibía á sus íntimos, generales de palo y duquesas de porcelana; ni la galería artística en que se admiraban Velázquez y Murillos al cromo y vitrinas con profusión de obras de arte en menudo tamaño, diminutas copias en yeso de

estatuas clásicas y de gráciles figulinas de Tanagra; ni el gabinete de juego con sus mesas de tresillo y billar y con veladorcitos que sostenían un tablero de damas y un microscópico ajedrez. ¡Y qué despacho! ¡y qué biblioteca! Seguramente el dueño del hotel era un sabio y un artista al rodearse de diminutos bustos de hombres célebres y de volúmenes en cuyos cantos se leían nombres famosos, Dante, Shakespeare, Calderón, Cervantes. Y ¡cuántos periódicos impresos, sin duda, en Liliput, recibía aquel caballero de patillas blancas que en bata y gorro releía un *Imparcial*, arrellenado en un sillón junto á la chimenea.

La numerosa servidumbre resultaba insuficiente para cuidar del palacio, y eso que no permanecía ociosa: la camarera, con blanco delantal y cofia de encaje, limpiaba el tocador de su señora; el cocinero y los pinches, ocultos en el piso bajo, preparaban una langosta de cartón y los dorados pollos que presentaban invariablemente en la opulenta mesa; sólo el ayuda de cámara y la doncella más bonita charlaban descuidadamente junto al balcón de una estancia que se proponían limpiar, pues ella esgrimía un plumerito delicado; pero la conversación era, por lo visto, tan amena que duraba hacía mucho tiempo.

En cambio, el mozo de cuadra debía de ser un buen muchacho, fuerte y trabajador; permanecía en la cochera y, si cesaba de limpiar los arneses era para echar abundante pienso á los caballos ó

para enganchar un lindo tronco á la berlina ó al landó, pues la duquesa era muy voluble y solía dictar contraórdenes. Sin embargo, como las modas varían constantemente, un flamante automóvil, que invadía casi toda la cochera, amenazaba dejar cesante al mozo de cuadra y uno de los lacayos había sido convertido por las habilidosas manos de sus dueñas en un perfecto *chauffeur*, pronto á ocupar su puesto en el vehículo modernista.

La casa de muñecas no sólo constituía las delicias de los tres hermanos, sino que era mirada por ellos con respeto profundo. Ni aun las revoltosas manos de Pilarín se atrevían á atentar contra la salud de la familia liliputiense, porque bastaba que Merceditas murmurase con tristeza: «A esa muñeca la vistió mamá... no cambiéis los muebles del salón, que continúan como mamá los puso...» para que los revoltosos se detuvieran cabizbajos y en sus ojos asomasen las lágrimas, evocadas por el recuerdo de aquel amor perdido, de aquella abnegación inmensa que alejaba á su madre de los teatros y saraos para dedicarse á tapizar saloncitos de muñecas, pintando los muros y los techos, decorando los biombos, trocándose en niña bulliciosa para confundirse con sus hijos en estudios y diabluras, en juegos y emociones.

Mercedes y Pilar habían empaquetado los juguetes con mimosa solicitud y, esperando la llegada de Pepe y de su padre, que habían salido á

ultimarlo todo, vagaban por las desiertas habitaciones con indecible tristeza.

Una casa que se abandona es como un amigo que se pierde: con ambos queda un girón de nuestros afectos, algo que supone desgarramiento de nuestro sér y que nos hace temer lo porvenir y recordar lo pasado.

Pilar, aburrída de la espera, se asomó al balcón y al fin los vió venir. Bajaron á reunirse con ellos y contemplaron extasiadas los macizos de flores naturales, finas y costosas, que ambos traían cuidadosamente envueltas en papeles timbrados en una tienda de lujo.

Querían ir todos *á ver á mamá*, lo cual, en su lenguaje íntimo, equivalía á ir al cementerio; aquel día iban á despedirse de ella antes de emprender un viaje que les obligaría á dolorosa é indefinida ausencia. Deseaban embellecer su tumba para mucho tiempo, adornándola cuidadosamente y llevándole las primeras violetas, las más delicadas rosas de té... ¡A mamá le gustaban tanto las flores que, aun privándose de lo más necesario, no habían dejado ninguna semana de ir á depositar la florida ofrenda de amor sobre su sencillo sarcófago!...

Los niños hablaban siempre en presente de su madre; vivían tan espiritualmente unidos con ella, que á Manuel le bastaba repetir las consabidas frases, siempre acátadas: «Eso no le gusta á mamá... Vas á hacer sufrir á tu madre...» para reprimir cualquier rebeldía, cualquier travesura.

Tristes y silenciosos llegaron á la calle de Fuen-  
carral; pero Solís, para distraerlos, comenzó á ha-  
blar del viaje, de los risueños panoramas campes-  
tres, de la vida más libre que, sin los peligros de  
tranvías, coches y automóviles, hacen los niños en  
las pequeñas poblaciones y, en fin, de los tíos ri-  
cos, á quienes visitarían, por ser Henara una de  
las estaciones del trayecto.

Manuel había comunicado la noticia de su viaje  
al tío Aléjandro y á su hermana, la tía María Jo-  
sefa, y los niños sentían por conocer á sus parien-  
tes viva curiosidad, no exenta de temor, pues cada  
vez que Pepe renegaba del latín, exclamaba su  
padre: «¡Si te oyera tu tío, que es un Horacio!» y  
á cada desmán doméstico amenazaba á las niñas  
con enviarlas á Henara, para que aprendiesen las  
innumerables habilidades caseras de su ancia-  
na tía.

Tanto obsesionaba á los niños mayores la su-  
perioridad de sus formidables parientes, que Mer-  
ceditas se había pasado horas enteras quitando  
manchas á la ropa descuidada en Madrid y Pepe  
había repasado de cabo á rabo la gramática latina  
temiendo que el canónigo fuese á preguntarle en  
la lengua del Lacio hasta los últimos tiquis miquis  
de los pretéritos y supinos.

Manuel evocaba recuerdos de su infancia y de  
su juventud, de las diabluras que había hecho en  
Henara y, sobre todo, de la esplendidez de su  
abuelo, que, á más de costearle la carrera, le re-

galaba hermosas *peluconas*, á escondidas del tío Alejandro, que, prevaliéndose de su autoridad sacerdotal, se permitía sermonear á su padre para que no fomentara las prodigalidades de «aquel loco de Manolo».

Desgraciadamente, desde la muerte del abuelo imperaba en absoluto la voluntad del canónigo; pero no debían desconfiar, los tíos le querían; seguramente estaban dispuestos á ayudarle cuando de palabra, con el calor de la conversación, con la elocuencia de la verdad, les confiase sus apuros y se convenciesen de los enormes gastos que originaba aquel viaje.

—Además, como la tía María Josefa es tu madrina—decía dirigiéndose á Pepe—aprovechará la ocasión para mostrarse rumbosa contigo. Todo depende de vosotros, de vuestra conducta, de que os hagáis querer... ¡Quién sabel... puede que se encariñen con vosotros y el día de mañana os dejen cuanto tienen...

Tan halagadoras suposiciones desvanecían un tanto la tristeza de los niños, impresionados por la que juzgaban una segunda separación de su madre.

Cruzaron la glorieta de Quevedo, donde el cementerio general eleva sus cónicos cipreses y su mudo campanario entre los edificios de los vivos, de la ciudad que, al ensancharse, ha admitido de nuevo en su recinto á los seres, antes aislados de ella por la muerte.

Siguieron adelante; recorrieron un trozo de la calle de Bravo Murillo y torcieron á la izquierda, internándose por una calleja que, en vez de ace-  
ras, tiene piedras de molino empotradas en el fan-  
go del arroyo. Cerrando la desembocadura del  
triste callejón se veían una verja y una casita  
blanca: la conserjería de la Patriarcal de San José,  
del camposanto donde se hallaba sepultada Te-  
resa.

Pilarín, que por su corta edad no acompañaba  
nunca á su padre y á sus hermanos en las tristes  
excursiones al cementerio, palideció intensamente  
y se asió á la mano de Solís, turbada por un sen-  
timiento en que se confundían la pena y el temor,  
que á los niños mayores les parecía una prueba  
de inferioridad en su hermana y hasta una ofensa  
para aquellos seres consagrados por la muerte.

Ellos penetraron graves y contristados, pero de-  
cididos; la mujer del conserje los saludó con un  
ademán afectuoso, como á antiguos conocidos y,  
cruzando la segunda verja de hierro, avanzaron  
hasta la avenida central.

Un monumento fúnebre se erguía sobre todos  
los panteones y sepulturas de la reducida necró-  
polis. Férrea verja de pesada labor le aislaba de  
la invasión de los enterramientos cercanos, y en  
el edículo que coronaba el sarcófago se destacaba  
en bajo-relieve un sencillo busto de bronce, con-  
trastando con las complicadas guirnaldas de piedra  
que, en vez de adornar, recargaban el mausoleo.

Era el monumento de Quintana, visitado con literaria devoción por los niños; su padre, para educarlos en el culto del arte y para honrar al poeta, recitaba frecuentemente sus más geniales estrofas ante el sepulcro que conserva los restos del autor del *Pelayo*.

Un silencio, aún más profundo que el de otros cementerios, reinaba en aquellos parajes, porque hacía cuatro años que no se enterraba en aquel camposanto, alineado entre las viviendas de la calle de Magallanes como un edificio más.

Apagados rumores, procedentes del incesante bullicio madrileño, turbaban sordamente la heladora calma del recinto; á las atenuadas voces de los vendedores ambulantes se unía apacible tintineo de esquilas y á los cantos de los chiquillos, que jugaban en las calles cercanas, el ronco estampido de lejanos disparos. Pero estos ecos de la gran ciudad, estas vibraciones de vida, servían tan sólo para acentuar el contraste con la soledad y el silencio del lugar sagrado, de cuya tierra humedecida parecía brotar un helado aliento. Las lápidas rotas, las verjas oxidadas, los nombres borrados, la maleza crecida en torno de las sepulturas, patentizaban el olvido ó al menos el consuelo de muchos dolores.

Multitud de nichos vacíos, transformados por el conserje en invernaderos, cobijaban macetas de flores, que parecían sonrisas reveladoras de la eterna renovación de la vida, al abrir sus nacien-

tes capullos en los recónditos osarios, albergues poco antes de la podredumbre y de la muerte.

Los niños sabían de memoria las inscripciones de los enterramientos cercanos al de Teresa; habían censurado á los parientes que cesaban de visitarlos; pero aquel día, al pensar que su madre iba á quedarse sola también, sin culpa suya, fueron indulgentes con los demás, alejados tal vez involuntariamente de sus muertos queridos.

Mercedes depositó los paquetes de flores sobre el sencillo sarcófago, exornado por una cruz en relieve y por el nombre de su madre, trazado entre dolorosas admiraciones. Pepe se abalanzó á besar aquel nombre querido y Solís permaneció algo alejado, sintiendo temblar entre las suyas las manos de la chiquitina.

Mercedes oró en silencio con la frente apoyada sobre la fría losa, pidiendo á la Virgen y á su madre, con la fe de un amor inmenso y confiado, la solución de todos los problemas que los atormentaban.

Pepe desenvolvió las flores y comenzó á trazar dibujos para ornar el sarcófago de un modo más permanente, con el afán de que durase mucho, de que acompañasen á mamá todo el tiempo posible sus queridas flores. Hasta había llevado un rollo de alambre para unir las en guirnaldas y sujetarlas á la cruz que coronaba el sepulcro.

Merceditas intervino... aquello le resultaba algo teatral... Llamó á su padre, que acudió solícito;

mas la pequeña rompió en desgarradores sollozos y, presa de un temblor convulsivo, tuvo Solís que cogerla en brazos y sacarla del cementerio.

Horrible fué la espera en la calleja enlosada por las piedras de molino. Manuel presentía la desgarradora escena de despedida, hallándose los niños solos, sin saber si volverían á arrodillarse junto á la tumba de su madre.

La mujer del conserje se brindó á entretener á Pilar; y cuando Solís penetró nuevamente en el cementerio, vió con asombro venir á Mercedes llorando, con visibles muestras de indignación.

—Me ha dejado sola—gemía recriminando á su hermano—y... ¡parece imposible!... ha quitado flores de las que tenía puestas mamá y se ha ido... yo no sé... pero ¡quitarle las flores!

Solís, extrañado y deseoso de postrarse quizá por última vez ante la tumba de Teresa, se internó con la niña entre sauces y cipreses buscando con la vista á su hijo.

Un ruido de pasos precipitados le sirvió para orientarse; se detuvo y vió que Pepe, trémulo, anheloso, con los ojos radiantes de inspiración, se descubría ante el monumento de Quintana y que una lluvia de violetas y de hojas de rosa caía sobre la tumba del poeta.

Solís, sin poderse contener, corrió á abrazar á su hijo y como Mercedes protestase aún, su hermano le arguyó con firmeza:

—Mamá está, de seguro, contenta de mí. ¿No

recuerdas que, de pequeños, nos arrullaba recitándonos versos de los grandes poetas?... ¿no recuerdas que un día, al ver pasar á los soldados heridos en la guerra, arrancó todas las flores del balcón para arrojarlas á sus pies? Pues ella, que lloraba de entusiasmo ante todo lo hermoso y sublime, ella misma ha sido quien me ha inspirado la idea de regar con las flores, benditas por haber estado al lado suyo, la tumba de este pobre poeta olvidado.....



El tren se detuvo en la estación de Henara; los niños se abalanzaron á las ventanillas con ansiosa curiosidad y contemplaron el reducido andén que se destacaba bajo su plumizo tejadillo entre la mancha terrosa del paisaje.

Un soplo de helado cierzo y de glacial desilusión contrajo sus risueñas caritas al no divisar las siluetas de aquellos parientes que habían llegado á ser para ellos algo así como el vetusto y desacreditado *coco*.

Sólo se veían en el andén algunos mozos de estación, que iban y venían cumpliendo órdenes, y una pareja de labriegos toscos y terrosos, cual humanas concreciones del terreno; él lucía pardo traje y montera de piel; ella el típico atavío de aparejo redondo, y ambos recordaban á los alcañares que decoran las cajas de golosinas que se venden en algunas estaciones del trayecto.

—Allí están—dijo Solís bajando presuroso del vagón y acercándose para abrazar á los campesinos.

Los niños se miraron atónitos. ¡Cómo! ¿sería posible que aquella halduda mujer, que semejaba á sus ojos una enorme alcachofa, fuese la tan decantada tía María Josefa?

Pepe comenzó á sacar paquetes del vagón y su padre acudió para coger á las niñas, pues el tren iba á partir.

—Son la Romana y su marido—indicó Manuel á sus hijos, que parecían interrogarle con la mirada.

—¡La Romana!—repitieron á una los aludidos, y se dieron por satisfechos, pues hartos sabían que era la antigua criada de la casa, una verdadera institución de la familia.

La vieja sirvienta comenzó á besuquear á las niñas; Pepe, echándose de hombre, se libró de la afectuosa acometividad de la Romana y saludó cordialmente á su marido que, con aire de corteidad recelosa, daba vueltas entre las callosas manos á su gorra de pellejo.

Solís, después de enterarse prolijamente de la salud de los tíos, ordenó la marcha, y mientras el tren se alejaba de Henara silbando, ellos salían lentamente de la estación y se dirigían hacia el pueblo.

Este se destacaba trepando en torno de la fortificada catedral, que erguía sus almenadas torres sobre las casas solariegas, iguales, monótonas, sin

escudos nobiliarios, sin bellos vestigios arquitectónicos, sin nada que las distinguiese unas de otras; anchos portales, vastos balcones, macizas rejas igualaban todas las fachadas, prestando á la ciudad un aspecto pesado y uniforme.

Un ambiente de tediosa similitud flotaba sobre el pueblo; todas las mujeres que cruzaban las calles eran trasunto fiel de la rechoncha silueta de Romana; todos los labriegos se parecían á su marido Antonio; todas las señoras pasaban envueltas en anticuados mantones y con la cabeza cubierta por velos de blonda; todos caminaban grave, silenciosamente por aquellas calles grises, con toldo de intenso azul, y ni gritos de vendedores, ni una disputa callejera, nada, en fin, turbaba el helado silencio de la ciudad, que recibía al viajero fría, indiferente, obstinadamente reservada y desdeñosa.

Los niños callaban, cual si temiesen romper aquel medroso silencio; la Romana parloteaba muy bajito junto á Solís, refiriéndole sigilosamente la vida y milagros de los moradores de las casas que iban dejando atrás.

Por fin se detuvieron ante una vivienda igual á todas; penetraron en el vasto portalón y la Romana tiró pausadamente de una cadena de hierro. El golpe seco de una campana resonó dentro, y con gran asombro de los chiquillos, que observaban todo curiosamente, vieron abrirse un misterioso ventanillo en lo alto del techo del portal.

—Abre—ordenó Romana con el tono imperioso de las antiguas sirvientas.

Y la puerta de entrada quedó abierta automáticamente ante los asombrados madrileños.

Manuel se rió de su estupefacción y les explicó que la criada joven, tirando desde el otro piso por medio de una cuerda unida al picaporte, era quien había abierto.

Una carcajada infantil terminó la indicación, pero una paternal advertencia ahogó prontamente el regocijo de los pequeños.

—No alborotéis; podriais molestar á los tíos.

Y volvieron á callar, comenzando á subir una escalera de baldosas rojas y pasamanos de madera pintada de azul.

Solís, tan absorto y confundido como los niños por la glacial indiferencia con que eran acogidos por sus parientes, se animó al oír graves pisadas en lo alto de la escalera y al escuchar una voz que los saludaba afectuosamente.

Pepe miró hacia arriba y preguntó dirigiéndose á su padre lleno de asombro:

—¿Es el tío Alejandro?

—Él es.

—Pues baja con un franciscano.

Efectivamente, en el rellano superior de la escalera se divisaba la fornida figura de un sacerdote y tras él un amplio hábito de color café ceñía una masa gelatinosa, dividida casi en dos partes iguales por la negra correa; una cara rechoncha

con flotante papada coronaba la exuberante mole, y no bien la hubo visto Manuel, murmuró alarmado recriminando á su hijo:

—¡Calla, por Dios!... ¡es la tía María Josefa!

Entonces sí que fué grande la estupefacción de los chiquillos, que tuvieron que morderse los labios para no dar rienda suelta á su espontánea hilaridad.

¡La tía María Josefa confundida con un franciscano! y, no cabía duda; la comparación les parecía cada vez más exacta á las niñas, que contemplaban con insistencia á la vetusta señora, la cual, con su hábito obscuro, su calvo frontal y sus borrosas facciones, semejaba uno de esos panzudos frailes que habían contemplado en los kioscos de periódicos. Hasta la obscura trenza postiza que sujetaba sobre el occipucio los ralos cabellos de la anciana parecía de lejos negro solideo, cual el efectivo con que su hermano Alejandro custodiaba su litúrgica coronilla.

Solís, en tanto, abrazaba afectuosamente á sus tíos prolongando, quizá algo más de lo conveniente, tan cariñoso saludo por temor de que los chiquillos no hubiesen dominado aún el regocijo que la confusión de Pepe les había causado.

Por fin se acortaron las distancias; los niños subieron un tramo, los tíos bajaron dos ó tres escalones y pronto se hallaron entre las flotantes exuberancias de D.<sup>a</sup> María Josefa, que los acariciaba llorosa. El tío Alejandro se contentó con presen-

tarles el dorso de su nervuda mano, donde los niños depositaron un beso reverente; ordenó que todos pasasen al comedor, y después de bendecir la mesa, dió comienzo el sólido agape en que no faltó el cocido á la española, pero á la antigua y substanciosa usanza, con sabrosas muestras de la matanza casera y con la gallina mantecosa seguida del principio volátil y del postre de leche.

Pepe, que era el más tragón, pensaba para sus adentros que aquel cocido ya podía tolerarse sin los improperios con que siempre recibían su padre y él á los picudos y deslabazados garbanzos con que, desde la muerte de su madre, los obsequiaban las criadas madrileñas.

El resto del día lo invirtieron en largas pláticas las personas mayores y los niños en recorrer toda la vivienda con la Romana y Antonio, que reían del asombro de los madrileñitos. Primero curiosearon las salas donde, bajo enormes fanales, sustentados por vetustas cómodas, contemplaron una extraña fauna de adorno: palomas de algodón en rama y peces de raso esmaltados de lentejuelas; entre ellos se destacaban, envueltas en oscuros ropajes, monjitas con rostro de garbanzo y un San Blas con mitra y con recamada capa pluvial, ostentando también por cabeza la consabida fécula.

El bullicioso regocijo que todo esto produjo á los chiquillos, quedó instantáneamente paralizado al oír á la Romana que tan singulares creaciones eran habilidades juveniles de la tía María Josefa.

Merceditas afirmó entonces con mucha gravedad que todo era muy bonito y Pepe, para ocultar su risa, se asomó al enorme balcón y contempló la calle silenciosa, helada. De cuando en cuando pasaban muchachos envueltos en negros manteos y cubiertos también con negros tricornios, adornados por un alón de azabache. Caminaban de prisa pero sin producir rumor con sus pisadas; sólo un leve crujido de sotanas y manteos semejava á lo lejos el batir de unas alas gigantescas.

—Son los estudiantes de cura que salen del Seminario—contestó Antonio á las preguntas de Pepe.

Después comenzaron á desfilar de dos en dos los seminaristas internos que, por ser jueves, salían á paseo; vestían sotanas de grueso paño parduzco, bonete negro y beca roja, que ornaba su busto y flotaba por la espalda.

Un agudo campanillo avisaba la hora del coro á los canónigos, y muchos sacerdotes cruzaban presurosos, embozados en los manteos.

El tío Alejandro también salió dirigiéndose hacia la Catedral y Pepe cerró presuroso el balcón.

Tras las habitaciones de respeto recorrieron lo más típico de la casa: el cuartito de la matanza, provisto de gran rejá enfilada al Norte. Sobre una especie de angarillas descansaba el tocino en salazón; los pernils colgaban tentadores desde el techo entre ristras de pimientos secos, cebollas y ajos y en panzudas ollas se hallaban sepultados

entre grasa los chorizos, las longanizas y el lomo adobado.

A Pepe le parecía la vivienda de sus tíos una mansión de Jauja y no cesaba de olfatear codiciosamente vasijas y alacenas.

Después bajaron á los corrales y á la cuadra; las niñas corrieron bulliciosamente tras las gallinas y Pepe se dirigió presuroso á ver el vetusto jumento de que tantas veces le había hablado su padre, recordando sus juveniles travesuras de Henara. Como suponía, le halló más manso y aviejado; el burro, al ver á Antonio, rebuznó con la misma fruición que el *rucio* al reconocer á Sancho Panza, moviendo sus largas orejas acompasadamente. El muchacho comenzó á darle palmaditas en el cuello y después, saltando sobre su lomo, le obligó á salir de la cuadra y se presentó triunfalmente ante las niñas.

Pilarín se obstinó en montarse también, y el complaciente Antonio tuvo que elevarla hasta el borrico. Merceditas se acercó á acariciarle y el manso burriño lamió sus manitas mirándola con ojos tristes. Su venerable vetustez parecía revelarse en su exterior; su piel grisácea desaparecía á trozos dejando como enormes calvas, y con su pesada quietud y su mirada en que parecía cristalizar la tristeza, semejaba disecado y apolillado ejemplar de algún museo zoológico.

Pero los niños estaban encantados; Merceditas corrió al comedor por una naranja, y sin miedo de

que mordiese sus sonrosados deditos, le ofreció los perfumados gajos, que el asno cogía con avidez. Pepe, ya desmontado, le acariciaba el lomo y Pilarín se erguía sobre él ufana con humos de amazona de circo, mientras Antonio, que profesaba al jumento un cariño casi paternal, sonreía halagado por el entusiasmo de los chiquillos.

La Romana, con su refunfuñar constante de criada mandona, desvaneció el encanto de tan tierna escena, ordenando á su marido que metiese el burro en la cuadra y á los pequeños que acudiesen al despacho de su tío, pues era la hora de tomar chocolate.

Subieron ansiosos de exteriorizar sus impresiones, su ternura hacia el dócil jumento; mas al penetrar en la caldeada habitación donde deparían sus tíos y su padre, enmudecieron de pronto, sin que nadie les mandase callar, á causa del ambiente de seriedad y de reserva que allí reinaba. El vasto aposento estaba sumido casi en la obscuridad, pues por las rejas que daban á la estrecha calle apenas se filtraba la última claridad del crepúsculo. Los niños llegaron casi á tientas hasta una camilla cuadrada, alrededor de la cual se hallaban los tres: el canónigo, hundido en una poltrona; la tía María Josefa, en un sillón de cuero semejante á los sitiales monásticos, les volvió á parecer el consabido fraile; con sus manos regordeatas arrollaba un rosario de cuentas gordas, que la caracterizaba aún más á los ojos de sus sobrinos.

—Que lo dirija Pepe—dispuso el tío Alejandro. La anciana le alargó el rosario, que el chiquillo no se atrevió á coger, comenzando á tartamudear una disculpa.

Solís acudió en su auxilio explicando que, con la vertiginosa vida de Madrid, y por educarse sin madre, tenían aún que aprender muchas cosas religiosas.

—Razón de más—arguyó el canónigo—para que te reduzcas á seguir mis consejos. Ya sabes lo que te he dicho; tú debes hacer las oposiciones que tienes firmadas á plazas de abogados del Estado; Pepe debe ingresar en el Seminario y las pequeñas en las Clarisas, con lo que te evitarás preocupaciones y ellos se educarán cristianamente.

Al escuchar las graves palabras del tío Alejandro los niños se unieron en apretada piña junto á su padre, cual si se acogieran á su cariño para que los libertase de la amenazadora reclusión. Manuel, abrazándolos efusivamente, se rebeló con energía; sólo vivía para sus hijos; era lo único que le quedaba en el mundo, y á educarlos y á crearles un porvenir pensaba consagrar su vida entera.

La tía María Josefa, iniciando piadosamente el rosario, terminó la acre interpelación con que su hermano amenazaba al periodista, y las niñas, al escuchar al fin de la letanía las súplicas que la anciana elevaba por el alma de Teresa, prorrumpieron en desgarradores sollozos.

Solís, sin que terminase la plegaria, sin indicación de nadie, encendió el quinqué para disipar aquella luctuosa obscuridad en que latían la tristeza de los niños y la hostilidad de los parientes.

La criada joven penetró con una enorme bandeja en que humeaban varias jícaras de chocolate, que fué distribuyendo mientras su señora repartía bizcochos y sumergía azucarillos en los vasos de agua.

Lo dulce de la merienda mitigó la amargura de los niños, que tomaron el chocolate pausadamente, imitando á los mayores que en obstinado silencio apuraron sus jícaras.

La campana de la escalera, sonando pausadamente, anunció una visita.

— El señor deán — indicó la tía María Josefa, curioseando por una especie de celosía que daba al portalón.

Poco después penetró en la estancia un sacerdote de venerable aspecto, y aun no se habían sentado cuando nuevos visitantes acudieron á la tertulia del canónigo. Eran un beneficiado y el maestro de capilla de la Catedral, y tras los saludos de rúbrica, D. Alejandro, colocando sobre la mesa naipes, platillos y fichas, inició la cotidiana partida de tresillo.

Solís fué invitado á intervenir en ella; mas prefirió quedarse de *mirón*, pues Pilarín se había dormido encima de él y temía despertarla. La tía María Josefa cogió una calceta de lana y con ce-

leridad vertiginosa comenzó á mover las brillantes agujas.

Así transcurrió la velada, con la monotonía regularidad con que se deslizaban todas en la pacífica mansión desde hacía multitud de años.

Al día siguiente Solís habló de marchar en el correo de la noche; el tío Alejandro no opuso reparo alguno. Mortificado en su orgullo de organizador de vidas ajenas, les dejaba partir con frío desdén, abandonándolos á su adversa suerte.

Pepe y Mercedes ordenaron el equipaje con ansia indecible de huir de aquella atmósfera de severa monotonía, de aquella ciudad helada y silenciosa.

Solís procuraba, en tanto, convencer á sus graves parientes de que no iba á emprender una nueva locura, de que en la precaria situación en que se hallaban era su único recurso aceptar la dirección del periódico de Orbeda. Inició también la cuestión económica con extremada delicadeza, sin duda con tanta, que los tíos, en vez de brindarle con una ayuda pecuniaria más ó menos cuantiosa, cuando los niños entraron á despedirse para marchar á la estación, después de repetirles prudentes consejos, les entregaron con humos de graciosa esplendidez, una sencilla cartera al muchacho y á las niñas dos anticuados portamonedas de polícromos abalorios.

Solís, con su optimismo habitual, agradeció la delicadeza de sus parientes que, en vez de entre-

garle á él una especie de previsora limosna, ofrecían á los niños, con generosidad de ricos hidalgos, aquellos recuerdos que sin duda ocultaban la positiva y anhelada sorpresa; así que, después de dar repetidas gracias á sus tíos, se incautó de los regalos, temeroso de que los chiquillos los perdiesen en el trayecto de casa á la estación.

La despedida fué más afectuosa que el recibimiento. Existe algo en los que desean separarse que les impele á demostrar efusiva solicitud; es tal vez la alegría de romper los falsos lazos de un cariño impuesto, pero no sentido.

Como á la venida, los acompañaron á la estación la Romana, su marido y hasta la criada joven, que llevaba en brazos á Pilar, casi dormida.

Cuando el correo de Madrid partió de Henara, bajo el convexo fanal de la luz de un departamento de segunda clase, Solís y los chiquillos, con la ilusión reflejada en las miradas impacientes, fueron abriendo uno por uno los monederos que les brindaban promesas tentadoras; pero la más cruel decepción desvaneció de un golpe sus esperanzas de hallar en ellos la anhelada ayuda para su pobre erario: la cartera de Pepe contenía un billete diminuto... de veinticinco pesetas y los recamados portamonedas de abalorios, en vez de las doradas *peluconas* soñadas por Solís, encerraban una áurea monedita de dos duros el de Mercedes, y el de Pilar... ¡dos realitos de plata!



## VI

El sueño rindió á los niños, cuidadosamente acomodados por su padre sobre los almohadones del vagón. A Manuel la noche le pareció eterna, porque á la incertidumbre del medio en que iba á penetrar, se unían los mil conflictos menudos que su situación pecuniaria suscitaría al instalarse en Orbeda, una vez frustrada toda esperanza en el auxilio de los tíos ricos.

La claridad del día desveló á los pequeños y disipó un tanto las negruras de las cavilaciones de Solís. Por las quebraduras de escalonadas montañas corrían arroyuelos que serpeaban inmediatos á los rieles del tren; poblaciones morunas aparecían encaramadas sobre las vertientes de lejanos oteros y cuidadosos cultivos disputaban el terreno á los roquizos bloques de la sierra.

Concluían de cruzar el eje ibérico, como manifestó Pepe muy ufano, alardeando de sus conoci-

mientos geográficos, y al quedar atrás las últimas ondulaciones de sus alturas, una amplia vega, radiante de luz, pletórica de vegetación, saturada de humedad bienhechora, ofreció á su vista el más risueño paisaje que los niños habían contemplado.

Silbó previsoramente la locomotora, redoblóse el estruendoso trepidar de los vagones y el tren se precipitó sobre las metálicas planchas de un puente, tendido como arco de triunfo sobre un río caudaloso, bordeado de olivares y viñedos.

La vega del Guadalorbe continuó desplegándose, cual movible y fértil panorama. Los niños, desde las ventanillas, respiraban el puro ambiente matinal y sus ojos parecían dilatarse ante los abiertos horizontes y las frondosas perspectivas en que se esfumaba toda la gama de los verdes, desde el intenso de los junquillos que se mecían en la ribera, hasta el grisáceo de los olivares y el desvaído de los álamos blancos, que marcaban las sinuosidades de la corriente.

Hubieran deseado que durase siempre aquel viaje, temerosos de hallar al fin otra población sombría y silenciosa, cual la que habían abandonado; así es que, al llegar á Orbeda, bajaron del vagón contrariados y, como á nadie conocían, Manuel entregó á un mozo el talón del equipaje y preguntó por alguna casa de viajeros de módicas pretensiones.

—¿El Sr. Solís?—interrogó acercándose un caballero.

El periodista contestó afirmativamente con asombro y, á su vez, preguntó con quién tenía el honor de hablar.

—Carlos Bermúdez—replicó el desconocido,— uno de los accionistas del periódico que viene usted á dirigir.

Los niños le miraron con curiosidad, mientras su padre respondía cortésmente.

—¡Por fin!—exclamó acercándose un jovencillo enclenque y afeminado que, dirigiéndose á Bermúdez, añadió:—Recorrí todo el andén sin hallar á nuestros esperados huéspedes; pero veo que usted ha sido más afortunado; porque supongo que este caballero será...

—Sí, el Sr. Solís—interrumpió Bermúdez cortando aquel chorro de palabras—; y dirigiéndose á Manuel dijo, aludiendo al recién venido:—Tengo el honor de presentar á usted á Trifoncito Rascafría, poeta novel y distinguido periodista... en fin, uno de los redactores de nuestro diario.

El aludido se inclinó con gravedad cómica ante su futuro director, saludó á los niños efusivamente y después, cual si le hubieran dado cuerda de improviso, echó á correr por el andén, buscó un mozo, arrebató el talón de manos del que Solís había elegido, cogió los portamantas y paquetes que llevaban los chiquillos, y con agobiante solitud les propuso fonda, les obligó á aceptarla y arrastró á todos fuera de la estación entre un torbellino enloquecedor de preguntas, respuestas y

frases á medio concluir, por la celeridad de nuevos ofrecimientos con que mareaba á Solís y regocijaba á los niños.

Apenas abandonaron la estación, se hallaron en un paseo frondoso y engalanado con gallardetes y arcos de vistosas iluminaciones, entonces apagadas, pero que auguraban brillantes efectos de luz.

—Da la feliz casualidad—agregó Trifoncito, volviendo á apoderarse de la conversación—que lleguen ustedes en plenas ferias. Orbeda arde en fiestas, diremos plagiando á Moratín, y sus encantadores niños podrán disfrutar con la bulliciosa algarabía de esta época, la más típica, la más luminosa, la más...

—Perdona, Trifoncito—interrumpió Bermúdez, atajando de nuevo la alarmante locuacidad del periodista,—reserva todo eso para tus futuras crónicas y guíanos á esa fonda excepcional que has buscado para el Sr. Solís.

Rascafría, algo amostazado por las palabras de su jefe político, se adelantó con los niños, envolviéndolos en su locuaz torbellino, enseñándoles las garitas de la feria, indicándoles lo que se exhibía en cada una, las películas más atractivas de los cinematógrafos, los regalos de la tómbola y hasta las personas favorecidas por la *veleidosa deidad de la rueda*, como ampulosamente llamaba á la Fortuna.

Los chiquillos estaban en sus glorias; reían y charlaban á su placer, y ante el regocijo que pa-

recía desbordarse por toda la población, perdían aquella especie de entumecimiento moral, que les tuvo en Orbeda cohibidos y recelosos.

Pepe, con su picaresca gracia madrileña, se burlaba donosamente del novel periodista; cuando éste se adelantaba un poco, hacía disimuladamente un intencionado movimiento, cual si le diese cuerda, y Trifoncito seguía su charla interminable entre las carcajadas de las niñas, que celebraban la traviesa ocurrencia de su hermano.

Así llegaron á la fonda, situada en una de las calles mejor decoradas; varios arcos triunfales, unidos por enormes guirnaldas de flores de papel, formaban abigarrada bóveda, y la ciudad parecía enmascarada y casi grotesca entre aquel delirio de percalina y de follaje.

Los niños madrileños estaban encantados; aquello les recordaba las alegres y típicas verbenas de Madrid y Pepe que, orgulloso de su padre, se volvía algo *Tartarín*, y se ponía casi tan finchado como el protagonista de Daudet, al pasar bajo los arcos triunfales, imaginaba que Orbeda los había levantado para festejar la llegada de tan eximio periodista como Solís.

En la fonda, merced á la agobiante solicitud de Rascafría, los acomodaron en dos de las mejores habitaciones; y aunque Bermúdez se despidió prudentemente de los recién venidos para que descansaran, Trifoncito se apoderó materialmente de Manuel y, sin dejarle siquiera cambiar de ropa,

comenzó á asfixiarle con triquiñuelas de la política menuda, previniéndole en contra de unos, elogian- do á otros, sobre todo á sí mismo, haciendo que su talento, su discreción y su donaire le colocaran siempre á cien codos de altura sobre sus míseros paisanos.

Manuel intentó librarse de aquella especie de pulpo político pretextando que tenía que cuidar de los niños; pero el cronista, que hallaba rápida so- lución para todo, llamó á una doncella de la fonda y se los encomendó, prometiéndole, en nombre de Solís por supuesto, espléndida propina.

—No abandonaré á ustedes mas que el crítico momento de comer—anunció terminantemente el intruso;—después volveré á ponerme á sus ór- denes.

A Manuel le pareció una grosería no invitarle, siquiera por mero cumplido; pero el joven, alar- deando de expansiva cordialidad, le cogió la pa- labra y Solís comprendió con indecible espanto que no lograría verse libre de su futuro redactor.

Así fué, en efecto; él le acompañó á presentarse á los prohombres del partido; él le llevó á la re- dacción; él le enseñó el casino y el teatro, y á la mañana siguiente, antes de que los fatigados via- jeros hubieran saltado del lecho, ya estaba allí Rascafría con entradas para los toros, con billetes para la tómbola y con un sin fin de proyectos para distraer á los niños, horrorizando á Manuel, que constantemente veía mermar su exiguo erario por

los compromisos en que le ponía el enloquecedor Trifoncito.

Solís emprendió la ardua tarea de instalarse en la ciudad y procuró buscar casa; Rascafría, cual si fuese el *anunciador* de las viviendas desalquiladas de Orbeda, le enumeró todas las que lucían albaranes en los sitios más céntricos; pero Manuel, hallándolas excesivamente caras para las gangas con que él había soñado en Madrid, prefirió entenderse con Bermúdez y su señora que, por ser propietarios de varios edificios destartalados y tristes, le acogieron con la solicitud de caseros sin inquilinos y, prometiéndole mejoras y enumerándole ventajas de una vetusta vivienda, le obligaron á alquilar el segundo piso de una casona, situada en una de las callejas de la parte antigua de la población. Cierto que no era ninguna ganga, ni aun respecto á baratura, pero la señora de Bermúdez, con sus altas dotes domésticas, consiguió embaucar al viudo madrileño.

Manuel aceptó resignado la vivienda, ansioso de abandonar la costosa fonda en que los había instalado Trifoncito; y, huyendo de su redactor, se lanzó con Mercedes á recorrer las tiendas de muebles de la ciudad; mas ¡oh desilusión! todo era carísimo y más tosco y feo que en Madrid. La niña interrogaba á su padre respecto á la baratura de las provincias y él, malhumorado y mohino, recordaba con nostalgia los tiempos en que su esposa le libraba de las enojosas preocupaciones do-

mésticas acudiendo, por fin, á consultar el nuevo problema con la hacendosa señora de Bermúdez.

Todo facilísimo; ella se encargaba de arreglarlo; y, efectivamente, al otro día vieron los de Solís invadida su morada por un sin fin de armatostes viejos y resquebrajados. La económica D.<sup>a</sup> Claudia los había adquirido—según decía—en la almoneda de unas íntimas amigas suyas; pero malas lenguas propalaban por la ciudad que la mujer de Bermúdez había encajado al periodista los muebles más vetustos de su mansión, sobrado anticuada.

Solís no tuvo más remedio que conformarse, á despecho de sus humos de higienista y de sus aficiones estéticas.

Merceditas, después de inspeccionarlo todo, anunció á su padre que aún faltaban los utensilios de cocina, y Solís, cada vez más aburrido de la casa que lo absorbía todo con insaciables fauces, adoptó una de sus resoluciones más prácticas: ir con los niños á las humildes garitas de la feria y adquirir en aquellos baratillos callejeros todos los cachivaches.

¡Allí sí que resultaron exactos los cálculos del viudo! «¡A real y á real y medio la pieza!», pregonaban á voz en grito los vendedores; Mercedes, encantada, elegía los brillantes enseres de la espetera: perforados ralladores, aceiteras metálicas, coladores y parrillas, todo reluciente, bruñido como los juguetes de su cocina de muñecas; y la novel ama de casa no se saciaba nunca; escogía mol-

des para gelatinas y flanés, cuchillos para rizar patatas y cortar pastelillos, todo lo más inútil para sus modestas comidas, en que los primores culinarios brillarían por su ausencia. Pero Solís y los niños estaban entusiasmados de llevarse por seis ú ocho pesetas medio tenderete; con aquel alud de hojadelata llegaron satisfechos y ufanos á su vivienda, y Pepe y Mercedes, tras alborozadas discusiones, machacando escarpías y clavos, llenaron las paredes de la cocina con la refulgente espetera, colocada en caprichosas combinaciones.

Estaba terminada la instalación; iban á comenzar su vida provinciana, una vida ordenada y metódica, como exigía su modesto sueldo; sólo faltaba para que la casa comenzase á funcionar hallar sirviente.

Rascafría, que algo mohino se había visto suplantado en sus previsores ofrecimientos por la señora de Bermúdez, se propuso no llegar tarde esta vez; y antes de que Solís y D.<sup>a</sup> Claudia pensaran en ninguna doméstica, ya había presentado Trifoncito la candidatura de una de absoluta confianza, lejana parienta suya, mujer intachable, de excepcionales condiciones, de honradez nunca vista y de respetable aspecto, como convenía para ama de llaves de un viudo con hijos.

—Es que ni pintada para ustedes. Ella podrá acompañar á los niños, porque es toda una señora; ella organizará la casa y economizará hasta el último céntimo.

Manuel, anonadado por tantas excelencias, dió el visto bueno al asunto y al poco rato se presentó Trifoncito acompañado de una mujer vieja y desagradable, con grandes humos de señorío y pocas intenciones de trabajar.

A las primeras palabras que salieron de su desdentada boca, Solís y los niños la hubiesen abierto con solicitud la puerta de la calle para que abandonase la casa; pero allí estaba el celoso pariente acumulando gracias sobre la desgraciada *Tanis*—nombre familiar en que había transformado el prosaico Estanslada de su parienta en séptimo ú octavo grado;—y ¡quién se atrevía á desmentir al tenaz ponderador ó á rechazar los servicios de la vetusta sirviente, que comenzaba á tomar las riendas del manejo doméstico con alardes de absoluta gobernadora!

Inútil es decir que la *Tanis* se instaló en la casa. A la mañana siguiente, cuando Manuel quiso comenzar su vida periodística y se despedía de los niños para dirigirse á la redacción, la fámula le atajó el paso con varias pretensiones. Siendo ella una señora, como sabría muy bien por su pariente Rascafría, era imposible que descendiese hasta ciertos límites, aunque las desgracias y pérdidas de fortuna la obligasen á servir—y acentuaba la advertencia con lacrimoso gimoteo.—¡Cómo había de ir á la fuente! ¡todo Orbeda se eseandalizaría al ver á la parienta de Trifoncito con el cántaro á la cabeza! Además tampoco sus años le permitían

tales excesos, por lo que era necesario y urgentísimo el que se avisase á una aguadora que les proveyese del imprescindible líquido. Por las mismas y justificadas razones tampoco podía acudir al mercado con la cesta al brazo, como cualquier criada de servicio.

—Puede usted llevar un pañuelo ó un taleguillo—indicó Solís, ansioso de resolver el nuevo conflicto doméstico.

Pero un gemido de indignación de la vieja le dejó anonadado.

—¡Cristo del Perdón! ¡una parienta de los señores de Rascafría comprando cebollas y patatas como una fregona!

É invocó, para acentuar más su gemebunda protesta, á todos sus linajudos ascendientes, enumerando á su tío el magistrado de Málaga, á su cuñado el comandante de artillería y á su primo, que era... ¡nada menos que secretario del señor obispo!

Manuel, desesperado y aburrido, tuvo intenciones de echarlo todo á rodar, despidiendo á la inútil y copetuda sirvienta; pero temiendo males mayores, cedió á esta nueva imposición, autorizando á la *Tanis* para que buscase una recadera y le encargase las compras que ella juzgase denigrantes para su aristocrática estirpe.

Así transcurrieron varios días. Los niños, y hasta el mismo Solís, se hallaban cohibidos en su propia casa por las insufribles pretensiones del ama de gobierno, que exigía lavandera, porque:

sus manos de señora no podían ejecutar tan tosca faena; y como tampoco sus cansados ojos le permitían hacer un mal zurcido, para repasar la ropa vecinaba algunas tardes á un par de amigotas tan amojamadas como ella y las tres, con sendas antiparras, mucho parloteo y escaso movimiento de aguja, cosían la colada apurando humeantes tazas de chocolate mientras á los niños, por razones de economía y orden, les propinaban sobria merienda de castañas ó nueces.

Pepe, indignado del egoismo de la *Tanis*, proponía mil diabluras, como echar jalapa en el chocolate de las viejas; pero Mercedes, con su habitual bondad, evitaba el trastorno gástrico con que su hermano amenazaba á las costureras y ni aun decía nada á su padre para librarle de preocupaciones.

Los abusos fueron en aumento; la casa se hallaba en tal estado de suciedad, que hasta los alimentos participaban de ella: Mercedes casi no podía comer de asco: había descubierto que la *Tanis* utilizaba las tazas y las fuentes para batir el trabacanto y las aceitosas pomadas con que repeinaba la peluca, bajo la cual trataba de ocultar algunos de los agravios que el tiempo le había inferido con verdadera saña; y la vajilla utilizada para usos tan diversos é incompatibles, mostraba á veces la repugnante huella de los postizos de la anciana; hasta que Manuel, harto de imposiciones y ayuno de comer malamente por los repugnantes

condimentos que aparecían de continuo en los manjares, entregó á la doméstica la soldada, sin importarle un bledo de sus ilustres progenitores, ni de la fidalguía heredada por la incomparable parienta de Trifoncito.



## VII

En todas las poblaciones pequeñas los niños madrileños adquieren verdadera personalidad y constituyen un atractivo de las monótonas tertulias invernales.

Esto pasaba en Orbeda con los hijos de Solís, que llamaban la atención por su aplomo y naturalidad y por su picaresca travesura. Sin hacerse rogar, sin melindrosa timidez, se hallaban siempre dispuestos á complacer á todo el mundo; y en las soporíferas tertulias de casa de Bermúdez desempeñaban principal papel, recitando versos de su padre y de multitud de poetas antiguos y modernos, representando escenas de comedias famosas y entonando con gracia indecible las canciones de las zarzuelas más en boga en Madrid y desconocidas aún en Orbeda.

Hasta las personas cultas se asombraban del espíritu crítico de los chiquillos, de su ingenio y

de su charla amena y fácil, sin la pedantería de esos niños sabios que molestan á todo el mundo con su empalagosa erudición de cosas aprendidas rutinariamente.

Pepe y Mercedes hablaban de arte, pero con naturalidad y sencillez, como de cosas que formaban parte de su vida misma. Conocían á todos los artistas de renombre, trazaban en dos palabras la caricatura de un político ó imitaban con ingenioso donaire el estilo lacrimoso de un poeta melenudo.

No descuidaban por esto sus quehaceres peculiares.

Merceditas se esforzaba en remediar los desastres domésticos; y apenas hubo la *Tanis* recogido su ropa y salido de la casa con humos de reina destronada, la niña comenzó á sustituirla ventajosamente; puso la mesa y calentó la comida; pero viendo sin agua la tinaja y el panzudo botijo, cogió este último con resolución y, sin decir nada á su padre, se marchó á la fuente, burlándose de los melindres de la *Tanis*, que creía un desdoro para su familia el ejecutar tan sencilla y agradable faena, que Merceditas—por el encanto que todo lo nuevo tiene para los niños—hallaba sumamente divertida.

Cuando llegó á la fuente, varias criadas charlaban y reían, dejando borbotear los cántaros llenos, que despedían el chorro entre burbujas y espuma. Mercedes esperó con cierta timidez; pero en vista de que no los retiraban, pidió que le de-

jasen libre un caño; y, no bien hubo llenado el botijo, emprendió el regreso á su casa con bastante fatiga, pues apenas podían soportar el peso sus débiles manos.

Muchas vecinas le preguntaron asombradas por qué iba á la fuente; ella contestó muy formal que, como estaban sin criada, tenía que hacerlo todo, y las comadres del barrio se echaron á reir y empezaron á criticar á la chiquilla, que las contempló desdeñosamente, pero como las fuerzas le iban faltando, se paró á descansar, depositando su carga en el poyo de una puerta.

En aquel momento vió llegar á D.<sup>a</sup> Claudia sofocada, anhelante.

—Pero, criatura, ¿de dónde vienes?—preguntó verdaderamente horrorizada.—Acaba de decirme la señora Petra, la verdulera de la esquina, que te había visto ir... ¡á la fuente!—y recalcó la última palabra, cual si quisiera anonadar con su asombro á la niña.

—Sí—replicó ésta con naturalidad,—hemos despedido á la *Tanis*, y como no había agua para comer...

—¡Jesús, Jesús! ¡qué locura! ¡una niña de tu posición mezclándose con la gentuza de la fuente! Pero ¿no comprendes que eso está muy mal hecho?

—No, señora—arguyó Merceditas con resolución;—me parece mucho peor que papá se quedase sin agua por ser yo una inútil ó una orgullosa como la *Tanis*, que no quería ir á la fuente por

temor á *denigrar su apellido*—y subrayó la frase con graciosa intención.

Pero D.<sup>a</sup> Claudia siguió censurando acremente á la niña y, viéndola resuelta á seguir su camino, llamó á la criada de unos amigos suyos, que pasaba llevando airosamente el cántaro sobre su cabeza, y le preguntó:

—¿Sabes la casa del Sr. Solís, del papá de esta niña?

Y como la criada titubease, añadió impaciente:

—Sí, mujer, ese señor viudo con tres niños que ha venido de Madrid.

—¿El del papel que traen por las noches?— interrogó la tosca sirvienta, aludiendo al periódico.

Doña Claudia afirmó con la cabeza y con los labios.

—Entonces sí—contestó la criada.

—Pues bien, coge este botijo y llévalo, para que no vean con él á esta loquilla.

Y agarrando de la mano á Mercedes la arrastró malhumorada y nerviosa hacia su casa.

Inútil es decir que aburrió á Solís con exclamaciones de indignación por la ocurrencia de la chiquilla, que le fatigó refiriéndole todos los comentarios que las desocupadas comadres habían hecho al ver sola y en tan bajos menesteres á su hija y que, para impedir que se repitiesen tales escenas, le proporcionó otra criada tan ponderada é inmejorable como la de Rascafría, aceptándola Solís por librarse de D.<sup>a</sup> Claudia y por resolver el con-

flicto doméstico, aunque sin forjarse ilusiones sobre las excelentes cualidades de la recomendada.

Sin embargo, al poco tiempo de estar Martina á su servicio, vió Manuel bastante cumplidos los pronósticos de la mujer de Bermúdez; la nueva sirvienta no le agobiaba con preguntas y pretensiones; y, aunque nada hacía con primor, antes que pudieran darse cuenta ya estaba todo listo y pergeñado.

Además Solís, ocupado constantemente en el periódico, observaba satisfecho que los niños armonizaban con la sirvienta y que podía confiársele el cuidado de los pequeños porque, sin ser vieja, parecía una mujer formal.

Ella, alegre y decidora, charlaba de la mañana á la noche con los vecinos, cantaba hasta desgañitarse y, por el patio que ponía en comunicación multitud de viviendas, parloteaba como una cotorra con las criadas de las otras casas, hablando á voz en grito en la más extraña jerga que los niños habían escuchado.

Se comprendía que todas las fámulas, por designar lo que decían—que generalmente no eran elogios para sus amos,—se valían de aquel singular lenguaje, en que comenzaban todas las sílabas con un invariable *ti*.

—¿*Tisatibes tiutina ticotisa?*—interrogaba una, desde el piso tercero, asomando su greñuda efigie por el alféizar de la ventana.

—¿*Tiqué?*—contestaba muy intrigada Martina,

dejando que el aceite de la sartén se derramase sobre la lumbre, produciendo un humo y unas llamaradas infernales.

—*Típues tiya tiditije tique tiatiyer, tisatilitia ti con tila ti Jaticintita.*

—¿*Tiqué tiditijo?*—volvía á interrogar la criada de Solís; hasta que Merceditas, alarmada de que se llenase la casa de humo y de que se malgastara el aceite, se permitía dirigirle alguna tímida advertencia, que despreciaba la sirvienta para continuar charlando con aquél insufrible tintineo, que indujo á Pepe á designarla por el gracioso apodo de *Tiji-tijó*.

Pero Martina no se ofendía por tan poca cosa ni reparaba en pequeñeces; por el contrario, procuraba captarse la confianza y el cariño de los chiquillos, que hallaban en ella un decidido auxiliar de sus juegos y travesuras.

Los días en que la sirvienta se dedicaba á lavar, eran los más regocijados para las niñas; desde muy temprano ayudaban á *Tiji-tijó* en las faenas domésticas, obligaban á su padre á comer pronto y, cuando Solís se marchaba al casino, *Tiji-tijó* cogía triunfalmente la canasta de ropa y las niñas preparaban una humilde merienda, formada casi siempre por restos de la comida, y corrían tras la criada con la alegría de pájaros libertados.

Atravesaban feas y sucias callejas; cruzaban el barrio de las Tenerías, parduzco y mal oliente, y se hallaban en plena vega, radiante de luz. El an-

churoso Guadalorbe, reflejando la azul diafanidad del cielo, se extendía rumoroso entre las orillas pobladas de arbustos, de álamos, de plantas acuáticas que se mecían coquetonas sobre el río. Las niñas corrían y cantaban, excitadas por aquella revelación de la naturaleza exuberante y bienhechora; ellas, anémicas madrileñitas de la clase media, acostumbradas á no contemplar más vegetación que la húmeda y artificiosa de la plaza de Oriente y algunas veces la del Retiro, quedaban deslumbradas ante la risueña campiña de Orbeda; ante las alamedas frondosas en que jugueteaba la brisa produciendo suaves armonías de hojas agitadas; ante los misterios de la primavera, que comenzaba á cuajar las desnudas ramas de los almendros con rosada cosecha de tiernos pétalos; comparaban el jardín madrileño, custodiado por estatuas de piedra, con el luminoso panorama campestre, y la plaza de Oriente les recordaba la decoración final de *D. Juan Tenorio*, pareciéndoles sombrío cementerio en que muchos niños de Madrid creen divertirse, porque ignoran lo que son las amplias campiñas, los ríos caudalosos, las flores sutiles y ligeras de los espinos, la húmeda hierba de los prados, los trinos de los ruiseñores y el raudo giro de las aladas mariposas.

Pilarín mejoraba ostensiblemente; desaparecía la anemia, combatida por los tónicos naturales, por los baños de sol y de aire oxigenado. Ella y Mercedes, extasiadas con las bellezas campestres,

recorrían las orillas del Guadalorbe, cantando instintivamente como los pájaros que desde lo alto de las ramas les hacían coro; otras veces sumergían sus manitas en los remolinos que la corriente formaba entre las piedras y, con el cabello en desorden y las mejillas rosadas, acariciaban la blanca espuma, recogiendo piedrecillas suavemente pulimentadas, buscando flores silvestres y vagando por la ribera sin objeto fijo con giros de mariposa, con gorjeos de pájaros que han recobrado la libertad, aspirando la alegría de vivir, recibiendo el beso santo y bienhechor de la naturaleza.

A veces corrían en busca de Martina, encorvada sobre la piedra en que apoyaba la ropa; las niñas, por imitarla, se arrodillaban también en la arena ante lastras enormes, se abalanzaban sobre la corriente y frotaban con desesperados esfuerzos los pañuelos y servilletas que les echaba la criada; otras veces se llevaban las ropitas de las muñecas, y las ondas arrebatában de manos de la chiquitina la camisita de un bebé, que Pilarín veía alejarse con ojos llorosos, mientras Mercedes y Martina, cantando alegremente, golpeaban y frotaban con gran estrépito las prendas, que casi lavaba la criada tan mal como la chiquilla.

Los días que Pepe las acompañaba en sus correrías campestres, se lanzaban á peligrosas aventuras: dirigíanse á una presa que formaba el Guadalorbe á poca distancia de la ciudad y allí, junto á las piedras por donde se precipitaba el río en

espumosa cascada, se dedicaban seriamente á la pesca; pero á una pesca primitiva, digna, como ellos decían, de un *Robinson* ó de un protagonista de las novelas de Julio Verne. Con ruidoso alborozo se descalzaban y, saltando sobre la orilla sin temor á los guijarros, avanzaban hasta el borde del cauce; cesaban los gritos y las risas, sacaban un pañuelo y lo sumergían bajo las ondas, que hinchaban el blanco lienzo, sujeto por los niños en las puntas; el agua producía ligeros remolinos al chocar con las manos de los infantiles pescadores, los cuales, cuando divisaban algún incauto pececillo que rozaba su blanco pañuelo extendido cual tupida red, unían rápidamente las puntas y quedaba consumada la pesca.

Entonces estallaban el entusiasmo y el regocijo; Pepe encerraba en una lata vacía al prisionero, que coleaba desesperadamente unos instantes, y después continuaban la ingeniosa maniobra, digna de las truhanescas mañas de un Rinconete, de un *Lazarillo de Tormes* ó de cualquiera de los antiguos pícaros, que se alimentaban con el producto de sus traviosos merodeos.



## VIII

La fundación del *Heraldo de Orbeda*, verdadero reto contra los adversarios políticos del duque de Bérnesga, fué un acontecimiento que conmovió á la ciudad durante más de dos meses. Era una bravata, un alarde de prodigalidad, de altanería, una amenaza para la próxima campaña electoral. Las dos ediciones diarias, la conferencia telefónica que le permitía adelantarse en noticias á los periódicos de la corte, y hasta el hecho inaudito de ser voceado por las calles, le colocaban á inaccesible altura sobre los soporíferos semanarios de la población; y Solís, tan encumbrado por las hiperbólicas alabanzas de sus correligionarios como discutido por sus despechados colegas, se imponía en la ciudad con la triple aureola de su talento, de sus antecedentes madrileños y de su gallarda apostura, reconocida y admirada por las muchachas casaderas.

Manuel triunfó desde el primer momento, y sus fogosos artículos, sus contundentes réplicas á los insidiosos tiquis miquis de los periódicos rivales, sus crónicas cultas y sugestivas, le convirtieron en blanco de todos los entusiasmos y de todos los odios.

Él aspiraba el incienso y despreciaba las ofensas con ese escepticismo social, propio de las grandes capitales, donde se contempla de cerca el secreto mecanismo de la tramoya política. Aquellos triunfos eran harto fáciles para envanecerle, y pensaba con nostalgia en su querido periódico de Madrid, en su perdida libertad de criterio, puesto que en Orbeda tenía que supeditar en absoluto sus juicios personales, y á veces hasta la verdad y la lógica, no sólo á los intereses del partido, sino á las rencillas y egoísmos de los accionistas del *Heraldo*.

La misma admiración, aunque menos cercenada por la rastrera envidia, había producido Pepe en el Instituto. La cultura de la sociedad en que había vivido le elevaba sobre sus compañeros tanto ó más que su clara inteligencia y su aplicación de apasionado por el estudio. Franco, alegre, servicial, siempre dispuesto á defender al débil en las reyertas estudiantiles y auxiliar al torpe en las dificultades de clase, era tan querido como el simpático *Garrón* del *Diario de un niño*.

Su ingenio amenizaba los juegos, iniciando originales travesuras; su ingénita nobleza le conver-

tía en vengador de toda injusticia, y sus vibrantes entusiasmos por los compañeros y por los profesores de valer inculcaban en sus camaradas, con la eficacia del ejemplo, el más desinteresado altruismo.

En el casino, donde Solís era escuchado como un oráculo político, los catedráticos le felicitaban asombrados de la precocidad, del ingenio y de la simpatía que parecía irradiar el muchacho.

Sus cultas aficiones fueron comentadas al principio con esa ironía con que en las ciudades pequeñas se acoge todo lo que se singulariza; después con franca admiración. Él también comenzaba á imponerse; insensiblemente le iba envolviendo una aureola de niño prodigio, no exento de excentricidades. ¿Quién sino un chico tan raro era capaz de preferir á las alegres correrías de sus camaradas, la aburrida compañía y las fatigosas excursiones de D. Francisco Díaz Valdés, el director del Instituto, sabio tan renombrado en el extranjero por sus descubrimientos botánicos, como tildado en la ciudad de monomaniaco, hurón y extravagante?

Pepe había producido en el alma del anciano naturalista algo así como la germinación de los tiernos brotes de almendro entre los rigores invernales; como la aparición de risueñas florecillas en un terreno devastado. Aridez de estepa tenía la vida del insigne científico desde que la asoló la desventura, robándole los seres más queridos en

la flor de la edad. Solo, incompatible con la sociedad frívola, metalizada é indiferente que le rodeaba, se había replegado en sí mismo y todo el interés, todo el amor diseminado ordinariamente en los afectos sociales, lo había reconcentrado en las plantas, sus amigas, sus compañeras de soledad, melancólicas flores de invierno de su triste vida.

Encerrado en su vasta y solitaria vivienda en el último piso del Instituto, sin más compañía que la del conserje y su mujer, á quienes había encomendado los asuntos domésticos, repartía el tiempo entre los enojosos deberes inherentes á su cargo de director, entre los gratos trabajos de clase y entre las interminables excursiones por la campiña y por la sierra, que recorría herborizando constante y amorosamente.

Era uno de esos tipos únicos en las pequeñas ciudades; hasta los gitanos acampados bajo los arcos de los puentes le conocían, y en más de una ocasión las señoritas que pasaban tardes enteras en el Parque, sin dirigir una mirada á las frondosas bóvedas ni á los cuidados parterres, se habían permitido reirse del estrafalario de Díaz Valdés que, como vivía en las nubes, no se daba cuenta de que era la irrisión de los pilletes al cruzar el paseo á la hora de moda, con la más triste y estrafalaria figura que ojos traviesos contemplaron: con el sombrero perforado por largos alfileres, que sujetaban extraños insectos, aprisionados por su curiosidad científica; con los bolsillos rebosan-

tes de ramas y, sobre todo, con enormes fajos de hierbas y flores depositadas amorosamente sobre su pecho encorvado que, de este modo, adquiría el volumen del de una robusta nodriza.

Al regresar de una de estas excursiones fué cuando el anciano catedrático conoció á Pepe Solís, que aun no estudiaba su asignatura.

Era una tarde de carnaval, de esos carnavales de las pequeñas poblaciones que se reducen á los bailes dados en los casinos y á algunas máscaras sucias y ridículas que pululan por las calles lanzando, más que *confetti*, insolencias, ceniza y hasta barro á los transeuntes.

Díaz Valdés, huyendo del desagradable bullicio que animaba la ciudad, caminaba por una calle estrecha con una verdadera carga vegetal que se desbordaba de todos sus bolsillos y con dos mariposas aleteando, trémulas aún, sobre la copa de su sombrero.

De pronto, al volver una esquina, quedó envuelto por un tropel de desastrados mascarones que comenzaron á burlarse de él con palabras y ademanes; escupían á su rostro frases soeces con sus vozarrones que apestaban á vino, y como Valdés pretendiera romper el círculo, las máscaras comenzaban á tirarle de las ramas que pendían de sus bolsillos, cuando una voz gritó con energía:

—¡Qué vergüenza! vaya un modo de venerar á un sabio.

Era Pepe Solís que, indignado por la barbarie de los enmascarados, se arriesgaba á arrostrar sus burlas y sus iras por defender al director. Pero en el mismo instante en que empujaba á un diablo forrado hasta las orejas de percalina, un cascarón de huevo, lanzado como proyectil desde el portal inmediato, se estrelló sobre el venerable rostro de Valdés, esparciendo la ceniza que contenía sobre los ojos y la barba del maestro.

Pepe, enfurecido por tan vil y salvaje acción, se abrió paso violentamente y, divisando tras la entornada puerta de la casa al hijo del conserje del casino, suspenso por D. Francisco en los últimos exámenes, se abalanzó hacia él, dispuesto á arrastrarle á viva fuerza hasta los pies del anciano; pero la chusma que había invadido el zaguán riendo la gracia, atrancó bruscamente la puerta y el filo de la cerradura chocó contra la frente de Solís, que cayó sobre la acera con el rostro bañado en sangre.

Las pocas máscaras que quedaban fuera huyeron cobardes y azoradas y Valdés, casi cegado aún por la ceniza, corrió á levantar á su infantil y valiente defensor. Asustado también, condujo al niño á la farmacia más próxima, y la noticia, circulando velozmente por la ciudad, hizo que al punto llegase á Manuel, que acudió presuroso y tuvo que tranquilizar al pobre sabio, maltrecho y afligido por el incidente.

Desde aquel día inicióse una identificación es-

piritual entre el científico y el niño; aquella alma joven, entusiasta y leal, fué la única flor humana que embelleció la vida del pobre viejo, fundiendo el hielo y la reserva en que se encerraba y que le había valido la fama de misántropo y egoísta.

Pepe comenzó á acompañarle en sus lejanas excursiones, á las cuales los alumnos de la cátedra de Historia Natural acudían reacios por no desagradar al profesor; pero considerándolas rareza ó chochez de viejo, como en Orbeda creían.

Los bolsillos del botánico se vieron libres de ramas y hierbas que Pepe conducía triunfalmente, mirando á todos lados, por si alguien se atrevía á reirse de las aficiones del naturalista.

Las personas mayores, avergonzadas por aquella lección recibida de un niño, les cedían el paso, y los chicos, que conocían harto bien la fuerza de los puños de Solís, se alejaban prudentemente fingiendo no haberlos visto.

Después, encerrados en la destartada vivienda del catedrático, clasificaban las plantas, enriquecían las innumerables colecciones de herbarios con especies nuevas, desconocidas hasta que las pacientes exploraciones de Valdés las habían sacado al estudio y á la admiración del mundo científico.

Pepe contemplaba con veneración los montones de plantas sepultadas entre grandes hojas de papel, presintiendo la cantidad de entusiasmo y de cariño concentrado en ellas por el anciano, cuyos

dedos, al separar estambres y pistilos, al extender los pétalos y tallos sobre el papel, acariciaban los delicados tejidos vegetales con la ternura con que hubiesen acariciado los rizosos bucles de sus nietecillos.

## IX

Además de las impresiones producidas por la deslumbradora visión de la naturaleza, los niños experimentaron otro género de emociones: la poesía del culto cristiano, casi desconocida para ellos en Madrid, produjo en su espíritu una conmoción aun más honda.

La solemne gravedad de que parece impregnada la vida de las pequeñas poblaciones, durante la Cuaresma comenzó por extrañarles y concluyó por atraerlos. En Madrid conocían la llegada de la Semana Santa por la venta de carracas y pedían que se las comprasen con el mismo regocijo con que demandaban los tambores y panderetas de Noche Buena. Para ellos todos eran ruidosos juguetes que, por su poco precio, podían renovarse anualmente.

Los negros trajes lucidos por las chicas guapas y las mantillas ornadas de claveles rojos, comple-

taban sus recuerdos de Jueves Santo, á los cuales se unían otros risueños, los de los mantones de Manila, los pitos con floripondios chillones y los muñecos de papel, característicos de la romería de la cara de Dios.

En suma, que al evocar la Semana Santa acudían á su mente notas de brillante colorido, oleaje de graciosas mantillas, ecos de regocijos populares.

¡Qué diferencia de la lúgubre solemnidad de los cultos y procesiones de Orbeda! Altares enlutados, sepulcral silencio, negros atavíos, comidas tan frugales, merced á las sisas de la criada, que parecían monásticas penitencias, y allá, en el fondo de los oscuros templos, fúnebres armonías gimiendo dolores.

Merceditas se pasó llorando el primer *Miserere* que oyó en la catedral. No comprendía la piadosa amargura ni la doliente unción de los salmos en latín; pero la música inundaba su espíritu de tristeza infinita; le parecía que aquellos continuados lamentos lloraban los pesares de cada alma doliente y, por lo tanto, que le acompañaban á llorar la muerte de su madre con interminable llanto.

Pepe, junto á ella, con su refinada sensibilidad de artista, aquilataba aquellas bellezas augustas, grandiosas, y su espíritu se elevaba hasta Dios, admirándole en la religión y en el arte, como le admiraba al estudiar y al vivir, en la naturaleza ó en los libros.

Las almas de aquellas criaturas, siempre dis-

puestas á apasionarse por lo grande, lo hermoso y lo sublime, hallaron en la religión nuevas alas que inconscientemente les inspiraban el afán de tender el vuelo hacia regiones desconocidas, pero más luminosas, más radiantes, más hospitalarias que aquella tierra extraña para ellos, donde vagaban, cual aves de paso, perdido el confortante nido.

Merceditas experimentó desde entonces un gozo ideal, una fruición consoladora en frecuentar los silenciosos y artísticos templos, reliquias de la edad media, que tánto contrastaban con las iglesias de Madrid, blanqueadas, vulgares, uniformes; y, por las tardes, al salir del colegio, visitaba á su nueva amiga, la obscura y misteriosa catedral, con la misma doliente constancia con que antes acudía al cementerio á depositar la florida ofrenda de amor sobre la tumba de su pobre madre.

En tanto, la campaña política, sostenida en el *Heraldo de Orbeda*, se encrepaba con la proximidad de las elecciones; y los manejos de los caciques de la provincia desnaturalizaban el carácter de elevación y dignidad que Solís deseaba imprimir al periódico. Constantemente tenía que ceder á imposiciones arbitrarias, y las rivalidades personales originaban de continuo altercados con la prensa local en que se patentizaban la estrechez de miras, la ignorancia y el endiosamiento de los adversarios.

El desaliento y la amargura comenzaban á anoadar á Manuel; ni el sueldo bastaba para cubrir

las necesidades de aquella casa sin dueña y sin dirección, ni los políticos de Orbeda eran capaces de apreciar, ni quizá de entender, sus desinteresadas y redentoras doctrinas. Allí también triunfaban el lucro, la codicia, la venalidad, sobre la lealtad, la razón y el trabajo. Y Solís, convencido de la ineficacia de sus esfuerzos, lamentaba no poseer medios de vida independiente, que le permitieran abandonar la política y el periodismo.

Sus hijos constituían el único de sus ideales que no había fracasado. Los exámenes de Pepe fueron un acontecimiento en el Instituto: en todas las asignaturas obtuvo la calificación de sobresaliente, por no existir otra mejor—según repetían los catedráticos,—y en las oposiciones á los premios venció á sus competidores, con no poco despecho de las familias de Orbeda.

Los de Solís comprendían que los admiraban á la fuerza, pero que no los querían; que no arraigaban en la población, que continuaban siendo forasteros; y en torno suyo presentían un vacío en que resultaba tan hostil la adulación como la indiferencia.

El problema doméstico seguía sin solución. *Tijitijó* se había convertido en insaciable sanguijuela, dispuesta á chuparles con sus crecientes sisas hasta la propia sangre, al disminuirles la alimentación de tal modo que ni el *Gran tacaño* de Quedo, ni la más astuta patrona, hubieran sido capaces de idear economías como las que Martina

implantaba en provecho de su bolsillo, pero en perjuicio del sueldo y hasta de la salud de sus amos.

Diariamente se encarecía—según ella—algún artículo de primera necesidad. Las cuentas ajustadas por Pepe ó por su padre todas las noches arrojaban invariablemente un exceso á favor de la criada; siempre había tenido que poner dinero sobre el que Manuel le había entregado.

—No podemos gastar de este modo—exclamaba Solís;—¡el último mes ha sido un verdadero escándalo!...

—Suprimiremos algo—respondía conciliadoramente la doméstica.—Con un sueldo como el suyo no se puede vivir á lo príncipe...

—¡A lo príncipe!—suspiraba Pepe, aguijoneado por su vacío estómago.

Mas, á pesar de sus protestas, cedía Manuel y el principio quedaba suprimido. A los pocos días los gastos aumentaban, haciéndose de nuevo insostenibles, y la implacable sanguijuela proponía otra supresión... el café... el queso... La calidad de los alimentos variaba también; hubo un fin de mes en que, para ceñirse á las economías que Manuel imponía como único remedio, no comieron más que sangrecilla, asaduras y otras variaciones de *carne de sombra*, como llamaba Pepe á los entresijos intestinales con que los agasajaba *Tiji-tijó*. ¡Dónde estaban las despensas repletas, las caravanas de capones y pavos y los tentadores platos de leche! Habían ido á reunirse con todas las ilu-

siones de la pobre familia trashumante, ave viajera en la emigración emprendida á impulsos de la desgracia.

Solís y los mismos chicos habían despedido varias veces á Martina, valiéndose de los frecuentes altercados que, al ajustar las cuentas, se suscitaban todas las noches; pero la avariciosa sirvienta siempre hallaba medio de quedarse, procurando la reconciliación con proyectos de limpieza y ahorro ó con mimos á los pequeños.

Por fin, una mañana en que Manuel, como de costumbre, se hallaba ausente, suscitóse una discusión entre Pepe y la fámula que, por razones económicas, se negaba á entregarle el frugal almuerzo que llevaba al Instituto; y como Martina les amenazara con irse en el acto, dejando la casa sin barrer y la comida sin guisar, los niños, viendo el cielo abierto, le tomaron la palabra y, antes de que se arrepintiese, cogieron por las asas el baul de *Tiji-tijó* y plantaron en la escalera á la criada y al cofre.

—Todo será que comamos de fonda hasta encontrar otra—indicó Pepe, ufano de su hazaña y soñando ya con apetitosos manjares que rompiesen la monotonía de los guisotes de *Tiji-tijó*.

—¡Cómo de fonda!—prorrumpió Merceditas alarmada y algo ofendida en sus habilidades domésticas.—Eso cuesta muy caro... además yo sé hacer las cosas; me fijaba cuando guisaba Martina, y ahora mismo entre las dos, lo haremos todo.

—Mala maestra culinaria has tenido; pero, en fin, prepara cualquier cosa que yo te ayudaré. Faltaré á clase por no dejaros solas.

—Bien; lo primero enciendes lumbre, que es lo que me parece más difícil.

—¡Difícil!—exclamó el muchacho riendo burlescamente.—Entonces ¿de qué te ha servido leer el *Robinson* y *La isla misteriosa*? Búscame el cristal de una lente y, en cuanto dé el sol en nuestros balcones, verás qué pronto te prendo aunque sea una hoguera.

Al oír esto sí que se cambiaron las tornas y se rió Mercedes de su hermano con traviesa ironía. Pues si así eran todas sus facilidades, ¡bonito auxilio les iba á prestar!

—Pero ¿crees que estamos en alguna isla desierta? No, hombre, no; corre á la cocina y tú, que eres tan gran botánico, encontrarás en la carbonera aliagas, que son unas ramas llenas de pinchos; prendes una cerilla y...

—Comprendido, comprendido—replicó Pepe, y echó á correr para cumplir su cometido doméstico con gran entusiasmo.

Mercedes y Pilarín, hallando muy mal cuanto hacía *Tijé-tijó*, se propusieron enmendarle la plana y armaron tal estrépito de muebles y levantaron tal polvareda que, aunque barrieron infatigables, persiguiendo las pelusas que volaban ante el torpe manejo de las escobas, sólo consiguieron revolver la mugrienta patina en que la descuidada

sirvienta tenía sumida toda la casa. El polvo sacudido por zorros y trapos formaba oleadas asfixiantes y las cabecitas de las niñas se hallaban tan empolvadas, que Pepe, al verlas, se rió diciendo que parecían dos madamitas de la época Pompadour, adornadas con blancas pelucas.

Él, en cambio, salía como un carbonero, con los dedos tiznados y con las ropas impregnadas de tufo.

—Ya arde el fuego sagrado—gritó con solemnidad cómica; y, alardeando de sus estudios de historia de Roma, añadió:—Ahora, como buenas vestales, á ver si sabéis conservarlo incesantemente.

Una llamarada inmensa se elevaba en el centro del fogón, lamiendo con lenguas de fuego las paredes de la chimenea.

Pilarín comenzó á gritar asustada, creyendo que la casa iba á arder de un extremo á otro:

—Pero ¡qué salvaje eres!—exclamó Merceditas. ¡Si has quemado todas las aliagas y vamos á ahogarnos á fuerza de humo!

—Y vosotras ¿no habéis esparcido el polvo y sacado de quicio á las arañas, que se columpiaban graciosamente entre sus telas en tiempos de *Tijí-tijó*?

—Pues esos tiempos se acabaron y ya verás cómo entra en orden la casa. Pon la mesa, mientras Pilar y yo guisamos la comida.

—A ver si te luces, porque ¡tengo un hambre!—

y el muchacho ponderaba su apetito con graciosas muecas.

Las diminutas cocineras se sumieron entre la densa neblina formada por el humo y Mercedes comenzó afanosamente á cortar sopas.

—Yo quiero ayudarte—insistió Pilarín muy solícita.

—Bueno; pues friega esa cazuela;—y le alargó una, que aún contenía restos de la última cena.

Pilar, encaramada sobre la silla de la cocina, chapoteaba en el fregador, ensuciándose las mangas del traje, en vez de limpiar la tartera.

—No corre el agua; el caño está cegado—indicó, creyendo que de aquella obstrucción dependían sus apuros.

—¡Pepel!—gritó Merceditas, sin dejar de convertir en rajas todos los mendrugos de pan.

El aludido acudió presuroso.

—A ver cómo nos dejas libre el conducto de la fregadera.

El niño se acercó con la misma gravedad con que un ingeniero hubiera examinado los desperfectos de una máquina, y exclamó bromeando:

—Esto no es nada, niñas inútiles; aquí tenéis el fuerte brazo de vuestro moderno *D. Quijote* que desfará todos vuestros entuertos y desaguisados.

Y cogiendo, en vez del lanzón, que hubiera enristrado el andante caballero, el prosaico fuelle, introdujo el cañón metálico por el despedidero y empujó con tal fuerza, que el obstáculo que inter-

ceptaba el tubo, acabó por sumergirse y el agua fué cayendo poco á poco.

Merceditas cogió la cazuela que le alargaba Pilar con humos de gran fregatriz y la plantó llena de agua sobre la fogata humeante aún á causa de los tizos y de las púnzantes aliagas á medio consumir; echó el pan, una cabeza de ajo, rojo pimentón sin cuidarse de freirlo, un puñado de sal, y creyendo que tan sólo faltaba añadirles aceite, fué en busca de la vasija que lo contenía. Era una de las brillantes aceiteras adquiridas en las garitas de la feria y dedicadas la una al oleoso condimento y la otra al petróleo que consumían las vetustas lámparas que D.<sup>a</sup> Claudia les había proporcionado.

Mercedes vertió triunfalmente sobre las rojizas sopas un chorretón del líquido que contenía una de las aceiteras y se dispuso á preparar con la carne que había comprada unos filetes, que freiría en el mismo instante de irlos á comer para que estuvieran recientes, sangrando como los *rosbeef* que saboreaban en los cafés de Madrid durante los últimos tiempos de su vida de mísera bohemia literaria.

Cuando Solís llegó á su domicilio, los niños le abrieron gozosamente la puerta, relatándole entre risas y alborozo, la hazaña que les había librado de *Tijí-tijó*.

—¡Bravo!... ¡magnífico!... ¡sois unos héroes!— exclamó regocijado el periodista, tan satisfecho

como sus hijos, al verse libre de la absorbente sanguijuela doméstica, que amenazaba dejarlos empobrecidos y exangües.

—Y ¿dónde comeremos hoy?—interrogó, una vez pasado el primer impulso de su entusiasmo emancipador.

—¿En dónde hemos de comer?—objetó ofendida Mercedes;—¡en casa! Ya lo tenemos todo preparado.

—Hemos hecho unas sopas muy ricas—añadió Pilarín corriendo hacia su padre.

Éste la cogió en brazos y exclamó conmovido:

—¡Admirable!... con tales cocineras ya no hay miedo á que nos fastidien las criadas.

Y colocando á la chiquitina sobre sus hombros, cual un atleta de circo, entró tarareando alegremente:

—¡Yo tengo un hambre atroz... atroz... atroz!

Mercedés corrió á la cocina; Pepe fué partiendo pan y comenzó á esgrimir la botella del agua.

—Panzuda, cuello largo, transparente, sin tapón—comenzó á recitar Solís burlonamente con tono declamatorio.

—¡Muy bien!... ¡sigue! ¡sigue!—insistió Pepe.—Haz unos versos á la botella.

Pilarín palmoteó regocijada, cabalgando sobre las rodillas de su padre, que se había sentado junto á la mesa.

—Llena de agua de...

—*Carrazas*—indicó la chiquitina con humos de

suficiencia, recordando la fuente de donde se traía.

—Pues bien, de *Carrizas*—terminó Solís, dando un beso á la inspiradora, y se quedó un momento pensativo.

—Llena de agua de *Carrizas*—repitió Pepe para que el poeta tomase nuevamente el hilo; y después, impulsado por sus aficiones literarias, prosiguió muy ufano, por su propia cuenta:

—Tienes, á mi entender, todas las trazas de una heroína sin rival valiente...

Manuel asintió entusiasmado; y, viendo que el chico contaba por los dedos las sílabas sin acertar con un nuevo renglón, terminó el cuarteto, exclamando:

—Pues no te hicieron trizas las tenazas de una fámula bestia é inclemente.

Pepe y Pilarín acogieron el gracioso final con carcajadas bulliciosas y Mercedes llegó muy ofendida de que no la enterasen de la causa de tan ruidosa hilaridad.

—Es que papá está improvisando unos versos á la botella.

—¡A ver!... ¡a ver!... quiero oírlos—insistió la cocinerita olvidando sus deberes culinarios.

—Haremos un soneto—contestó Solís, y comenzó á recitar el primer cuarteto para complacer á la niña.

Esta aplaudió delirante; pero el ruido de un líquido que caía en la lumbre la hizo huir precipi-

tadamente hacia la cocina, donde contempló un verdadero desastre: la olla del agua se había inclinado, vertiendo parte de su contenido sobre la hornilla y apagando el fuego casi por completo.

Mercedes, desolada, corrió á enderezarla, quemándose los deditos con el vaho que anegaba la lumbre, levantando oleadas de ceniza que invadían pucheros y cazuelas. Después cogió el fuelle para reavivar el fuego; pero, aunque apretaba con todas sus fuerzas, no conseguía que brotase aire por el férreo canuto, y cuando, roja por la impaciencia y por los esfuerzos que hacía para soplar, discurría otro medio de encender la lumbre, vió salir del cañón del fuelle, con la celeridad de un proyectil, un garbanzo que rebotó sobre las ascuas.

Mercedes soltó una carcajada, comprendiendo lo que había sucedido: al desatascar Pepe la frezadera, debió de introducirse el garbanzo en el cañón del fuelle, que lo lanzó después con la violencia de un disparo.

Reanimó la lumbre, frió de cualquier modo los filetes y, deseosa de referir tan cómica aventura, colocó la tartera de la sopa sobre un plato y se presentó solemnemente en el comedor.

Un grito de entusiasmo acogió á la niña y, mientras Merceditas depositaba su obra culinaria sobre la mesa, Pepe esgrimía un papel donde había ido apuntando el famoso soneto rimado por él y por su padre.

—¡Léelo! ¡léelo! —pidió Mercedes, distribuyendo las sopas en los platos.

Pepe, que no deseaba otra cosa, comenzó con afectada seriedad:

«Panzuda, cuello largo, transparente, sin tapón, llena de agua de *Carrazas*, tienes, á mi entender, todas las trazas, de una heroína sin rival valiente, pues no te hicieron trizas las tenazas de una fámula bestia é inclemente.

¡Oh botella feliz! ¿quién no presiente que es la mejor tu raza de las razas?

¡No te rompas, por Dios! que aunque muy poco cuestas, estoy exhausto de dinero y en vano en mi penuria á Dios invoco.

¡No te rompas, botella, pues no quiero tus pedazos al ver, volverme loco...

que si te rompes... beberé en puchero!»

Una carcajada unánime estalló al terminar la lectura; las niñas palmoqueaban con entusiasmo y Pepe y su padre, cogidos de la mano como los autores que salen á escena á recibir la ovación del público, se inclinaban cómicamente ante su regocijado y escaso auditorio.

—¡Ahora á comer!—exclamó Pepe sentándose con afán ante el rojizo plato de sopas.

—Vamos á celebrar el triunfo de nuestras cocineras—añadió Solís ensalzando las habilidades de las niñas que, muy ufanas, comenzaban á enfriar su ración.

Pero una exclamación de su hermano y una mueca de repugnancia de Manuel las dejaron heladas, con la cuchara en el aire.

—¡Si tienen petróleo!—prorrumpió Pepe, apartando con horror las nefandas sopas.

Solís, viendo las compungidas caritas de las niñas, procuró consolarlas con mimosos halagos.

—Sin duda me he equivocado de aceitera—murmuró tímidamente Merceditas, y estalló en sollozos al ver fracasado su primer triunfo culinario.



## X

El calor era tan asfixiante en Orbeda, que la población parecía adormecida en perezoso letargo. Pepe acompañaba á Valdés en las radiantes alboradas, y á veces sus excursiones duraban varios días, que el sabio y el niño pasaban herborizando en la sierra. Dedicábanse á preparar cuidadosamente las especies descubiertas por D. Francisco para remitirlas á un Congreso internacional de Ciencias Naturales, que iba á celebrarse en Berlín á fines de otoño. El anciano redactaba, además, una razonada y concienzuda Memoria que sintetizaba sus trabajos y Pepe se pásaba días enteros copiándola en cuartillas con su hermosa letra.

El trabajo constante y compartido amistosamente estrechaba más y más los lazos del cariño intenso que se profesaban y que se convertía, en el niño, en veneración hacia el maestro y en el sabio, en paternal amor hacia el discípulo.

En tanto Solís vivía esclavizado por la política; los manejos, las intrigas, las violencias que constituyen el fondo inmoral y odioso de las elecciones, producían un verdadero vértigo de impresiones y noticias contradictorias, vértigo que se transformó en delirio el día en que el duque de Bernesga obtuvo, con la votación, un triunfo ruidoso, que envalentonó á sus partidarios y exacerbó las iras de sus enemigos.

Durante el verano, aunque las niñas dejaron por completo de asistir al colegio, la candente temperatura y la marcha de *Tiji-tijó* les privaban de sus correrías campestres.

Desde que Martina salió de la casa, Solís se negó rotundamente á aceptar sirvientas recomendadas por los amigos, en vista de que D.<sup>a</sup> Claudia, con su habitual intransigencia, le había exigido cuenta estrechísima del proceder de los niños; así es que el periodista se decidió á tomar las fámulas que fuesen llegando, informándose unas veces en las casas donde habían servido y tomándolas otras sin referencia alguna, con lo cual fueron desfilando por la vivienda del viudo, como fugaces golondrinas, casi todas las domésticas de la población.

Unas hallaban la casa muy pobre y desmantelada para sus humos de doncellas elegantes y, á las dos horas de haber entrado, pretextaban hallarse muy enfermas y se marchaban para no volver; otras lo hacían á los ocho días, llevándose

por delante cuanto lograban arramblar, y Manuel, acostumbrado al continuo cambio de servicio, ni aun casi las distinguía unas de otras. Todas eran bajas, rechonchas, con cara aplastada y con greñudas ondas de pelo pegadas á las sienes; unos verdaderos *bolinches*, como afirmaban padre é hijo, los cuales las clasificaron con paciente humorismo en dos grupos: el de *bolinches acuáticos* y el de *bolinches terrestres*, pues mientras unas se pasaban el día y la noche transportando sobre sus cabezas el cántaro lleno y amenazando anegar la cocina, otras parecían sentir verdadera hidrofobia, y ni en la tinaja, ni aun en la decantada botella, había nunca una sola gota.

En vano se esforzaba Merceditas por disminuir los gastos y para que su morada recobrase la pulcritud y el buen gusto de su vivienda madrileña, en tiempos de su madre; todo era inútil y, aburrida de luchar con los desastrados *bolinches* que disfrutaban de ordinario, se desquitaba con su casita de muñecas, donde la servidumbre la obedecía á rajatabla.

Los juegos de los hijos de Solís asombraban á la población, y desde la familia del jefe político de Manuel hasta la niña más humilde que mendigaba por las calles, todos soñaban con presenciarlos, y lo conseguían, porque Mercedes, siempre que algún chiquillo pobre llamaba á la puerta de su casa, no sólo le socorría, aun privándose del postre ó de la merienda, sino que le hacía entrar y le

mostraba una por una todas las maravillas de la casa de muñecas, no por orgullo ni por deslumbrar á los desheredados de la suerte, sino porque su hermoso corazón, que rechazaba instintivamente las desigualdades sociales, le inspiraba el deseo de que las pobres criaturas, que seguramente no poseían ni una muñeca de cartón, disfrutasen con tan primorosos juguetes.

El mismo Pepe no rehuía el jugar con sus hermanas como otros aviesos muchachotes que referían, cual hazañas dignas de su gracia é ingenio, los mueblecitos que les rompían ó los juegos que les importunaban.

Y si la casita de muñecas de los madrileños era admirada de todos, no lo eran menos sus ingeniosas diversiones, que consistían en la representación de un cuento ó de una novelita ideada por ellos mismos, á falta de las lindas escenas que su madre les representaba.

Todas las muñecas que poseían se convertían en actores, que vivían y hablaban con naturalidad y soltura. En aquella sociedad liliputiense no faltaba ningún tipo característico: había más formidables con blancas pelucas y trajes pretenciosos; elegantes jovencitas, de esas que, lo mismo en la vida que en las comedias, parecen destinadas á formar una especie de coro en torno de la protagonista; graves señores de patillas canosas, á quienes Pepe hacía hablar, cual sesudos políticos ó sabios profundos; escuálidas inglesas.

de atavío extravagante, que desempeñaban el papel de enojosas institutrices ó el de curiosas viajeras; apuestos militares de vistosos uniformes y, en fin, para que nada faltase, guardaban cuidadosamente en una caja mitrados obispos, que bendecían las bodas de tan aristocráticos personajes, interviniendo también en las solemnes ceremonias que representaban la botadura de un barco, la inauguración de un ferrocarril ó el acto de descubrir un monumento.

Porque lo asombroso de estos juegos con que Teresa había distraído tántas veces á sus hijos, y que entonces imitaban ellos por amorosa tradición, era que no siempre se desenvolvían los argumentos dentro de la casa de muñecas, sino en campos, jardines ó teatros que improvisaban ingeniosamente.

Aún recordaban con entusiasmo el día en que su madre les había representado la botadura de un crucero. El hotelito era propiedad ¡nada menos que del ministro de Marina! Teresa, tan chiquilla como sus hijos, lo había preparado todo previamente. La bañera de zinc, llena de agua, semejava la ría de Bilbao; los bordes cubiertos con tablas figuraban las orillas, destacándose en ellas los diminutos astilleros, donde se elevaba un barco que el mismo Solís había traído del *Bazar X*.

¡Con qué emoción recordaban los chiquillos aquel episodio de los interesantes juegos con que su madre, al par que los distraía, los educaba!

Las diminutas tribunas que se elevaban á los dos lados de la tina, transformada en la desembocadura del Nervión, aparecían deslumbradoras; las muñecas más vistosas de aquella sociedad de Lliput lucían tocados costosos y los hombrecillos de palo y porcelana se inclinaban galantemente ante las bellas.

Por fin llegó el momento esperado; llenóse la tribuna de honor de graves personajes, y el ministro de Marina avanzó á los acordes de la Marcha Real, que dejaba oír un gramófono. Teresa, parodiando los campanudos discursos escuchados en el Congreso, hizo que el ministro de madera pronunciase uno adecuado á las circunstancias; uno de los muñecos obispos bendijo el crucero, bautizado con el pomposo nombre de *Atlántida*, y, por último, el grave ministro de Marina fingió cortar la cinta que retenía en los astilleros al barco, el cual se deslizó pausadamente sobre la líquida superficie de la bañera entre el delirante entusiasmo de los pequeños, los vivas á España, de rúbrica en tales casos, y la Marcha Real, que repetía con insistencia el gramófono.

Uno de los días más calurosos del estío, en que un sol implacable retenía en casa hasta á Pepe, habituado á desafiar las temperaturas más cálidas, organizaron un juego interesantísimo, prosiguiendo el interminable argumento que venían desarrollando.

Mil veces les habían pedido los niños de Ber-



múdez que les avisasen cuando jugaran algo sugestivo, pero los pequeños gozaban mucho más representando las escenas para ellos solos, y casi nunca lograban los curiosos espectadores asistir más que á alguna reunión que á los madrileños les parecía cursi y enojosa, pero que hacía destornillarse de risa al auditorio, por la variedad de tipos, por la propiedad y gracia con que los hacían hablar y por las diversas voces que fingían para caracterizar á sus diminutos personajes.

El argumento que entonces jugaban era muy sencillo: unos aristócratas recién casados, aburridos de la monótona vida de los elegantes de Madrid, se habían propuesto ¡nada menos que dar la vuelta al mundo!

—Eso no podrá ser—había objetado Mercedes cuando Pepe le había explanado su pensamiento.

—No seas boba, criatura: ahora figura que están en París; pero como ya conocen de sobra esta población, se van á Suiza, decididos á escalar el Monte Blanco. Resultará divertidísimo; me los vistes de alpinistas y... ya verás... ya verás.

—Pero ¿cómo haremos las montañas y la nieve?—insistió la niña.

—Eso es muy fácil.

—¡Ya lo creo! como estás leyendo *Tartarín en los Alpes*, crees poder reproducir los paisajes suizos que describe Daudet en su novela.

—¡Claro que sí!—replicó Pepe con audacia y

orgullo. Dame todas las toallas rusas y toda la harina que tengáis.

Pilarín corrió á pedírsela á la doméstica, mientras Mercedes, contagiada del entusiasmo creador de su hermano, sacaba precipitadamente de una cómoda, no sólo toallas, sino manteles y servilletas.

Desde la mesa del comedor comenzaron á escalar las paredes de la estancia montañas de cajas y libros, que los niños cubrían después con blancas telas; aliagas y musgo artificial, espolvoreados de harina, semejava la nevada vegetación de los Alpes, y cuando todo estuvo preparado, aparecieron en escena los protagonistas, hábilmente caracterizados por Mercedes; ella, la delicada madamita, vestía gracioso traje escocés, polainas y gorrita de nutria; su esposo y los guías asalariados en el lujoso hotel suizo, de donde partía la excursión, abrigo casi de oso, por las pieles que cubrían sus cabezas y sus cuerpos.

Después llegaron unas intrépidas inglesas, las cuales afirmaron chillando que Inglaterra vencía siempre á las demás naciones en los peligros del *turismo*; aparecieron también graves alemanes, que emprendían pausadamente la ascensión, y hasta unos traviosos italianos que se burlaban de todo, de las ridículas y huesudas inglesas, del traje de los guías y hasta de los decantados precipicios de Suiza.

Al fin, tras mil aventuras en que Pepe parodia-

ba cuanto había leído, no sólo en las grotescas excursiones de *Tartarín en los Alpes*, sino en todas las novelas semipolares de Julio Verne, los españoles, con gran despecho de las inglesas, llegaban á escalar antes que nadie la colosal cumbre de la alpina montaña, y la banderita clavada sobre la felpuda eminencia tremolaba los colores gualda y rojo, patentizando el acendrado patriotismo de Pepe, que hasta en sus juegos se esforzaba por izar la diminuta insignia de su patria sobre las banderas de los demás pueblos de aquel mundo liliputiense, en que era árbitro absoluto de los destinos de todas las naciones.



## XI

En las pequeñas capitales de provincia, la apertura del curso académico constituye una verdadera solemnidad, que inicia un movimiento desusado y hasta una alteración de costumbres.

Multitud de campesinos acomodados afluyen á la población, cual en época de ferias, llevando, en vez de reses ó potros al ferial, los chicos que estudian carrera al Seminario ó al Instituto.

Anímanse los comerciantes y las patronas con la perspectiva de nuevos clientes y en los escaparates de las librerías los libros de texto son contemplados de reojo por padres é hijos, temblando éstos por el tamaño que ostentan y aquéllos por el dinero que valen.

Los colegios y academias de segunda enseñanza barnizan los rótulos con que, en letras enormes, ofrecen la enseñanza de «todas las cosas del mundo y otras pocas más», como dijo donosamente el burlón de Quevedo.

Muchachitas rústicas, toscas y sanas cual frutas silvestres, acuden también para desbastarse en la Normal, y las mercerías adornan para ellas sus escaparates con surtidos de las labores reglamentarias.

Los billares de los cafés preferidos por los estudiantes recobran la animación perdida durante el estío, y hasta las familias de la ciudad supeditan su vida al horario de las clases de los centros docentes.

La fiesta puramente estudiantil del 1.º de Octubre transcende á la población entera; las autoridades visten de gala para presidir el acto oficial, lo mismo que los catedráticos, los alumnos premiados y hasta los sillones y bancos de los salones de actos, que por unas horas se ven libres de polvo y de fundas luciendo sus afelpadas superficies en honor de aquel día, único en el curso.

La plaza del Instituto de Orbeda excedía en animación á los alrededores del Seminario y de la Normal. Una turba de estudiantes acogía con respetuosos sombrerazos la entrada de cada profesor y con piropos ó cuchufletas la de las señoras que acudían al acto.

Las autoridades llegaron, por fin, en coche, solemnemente, casi escoltadas por la banda del Hospicio, que había de amenizar la monotonía fiesta.

Según Trifoncito que, armado de un fajo de cuartillas y de una pluma estilográfica, hilvanaba desde un rincón la crónica de la apertura, el sa-

lón estaba deslumbrante por las doradas molduras, por los brillantes diplomas, por los radiantes destellos del sol matinal y por las fulgentes miradas de todas las bellezas de Orbeda, las cuales, mientras Rascafría inventariaba sus galas para describirlas en su artículo, se aburrían soberanamente oyendo leer al viejo secretario del Instituto el relato detallado de las mejoras realizadas en el establecimiento, de los aparatos adquiridos para los gabinetes, de las obras en castellano, francés ó latín consultadas en la biblioteca y... otras cosas no menos divertidas, como el número de alumnos matriculados ó el total de sobresalientes y suspensos.

Mas, por fortuna, para combatir el aburrimiento tenían todas ellas las lenguas sueltas y las risas prontas. Fisgaban los trajes de sus convecinas y los de los chicos premiados que acudían también muy peripuestos, algunos hasta con el pelo rizado en la peluquería; curioseaban asimismo la extraña indumentaria de los graves personajes, cuyos retratos ornaban el salón: obispos, generales, ministros ó escritores, hijos de la provincia, colocados allí para estímulo de los estudiantes noveles.

En cambio, los chicos contemplaban con orgullo á las personalidades que, bajo el solemne y rojo dosel, ocupaban la plataforma, ufanándose de que tan sesudos é ilustres señores se hubiesen congregado allí por ellos y de que por ellos lucie-

sen vistosos uniformes, severas togas, simbólicas mucetas.

Sus catedráticos les parecían más viejos y más serios que de costumbre con la gravedad obligada en tal acto y los estudiantes, saltando mentalmente el curso entero, pensaban en otro día en que volverían á parecerles más serios que de ordinario, en el *día del juicio*, como en su jerga llamaban al del examen.

Todos estaban alegres y se proponían de buena fe estudiar *formalmente*... hasta lucirse al otro año con algún premio conseguido; pero también gozaban de reanudar su vida de independecia en que, con el pretexto de las clases, se verían libres de acompañar á sus familias y dueños de vagar con los libros bajo el brazo por los portales de la plaza y de pasar las horas muertas en el billar de *Pepín*, especie de fonda y de casino, sobre todo para los estudiantes lugareños.

Los más inquietos y ufanos eran los *pipiolos* recién ingresados en el Instituto. La vida que iban á emprender les parecía encantadora. ¡Con qué se paga la honra de ser alumnos de segunda enseñanza y no chicos de la escuela; la de codearse con los muchachos á quienes antes envidiaban por sus prerrogativas estudiantiles; el gozo de fumar de ocultis tal cual cigarrillo, el de no hacer nada con pretexto de estudiar y el de ser, en cierto modo, dueño de sus acciones!

Hay chico, recién salido de la escuela, que sueña

con el día en que pueda echarse á la calle con los libros bajo el brazo y el pitillo de ínfimo precio en la boca, á consumir éste y su salud y á destrozár aquéllos en unión de otros muñecos de sus gustos y edad. Durante los primeros meses todo lo encuentran nuevo y divertido; se asombran de los letreros y de las figuras pintarrajeadas en las paredes de cátedras y claustros; temen á los porteros y bedeles como al mismísimo draque y mucho más á los chicos grandullones, que no perdonan ocasión, diablura ni porrazo con que hacerles pagar la novatada; se apuran por las lecciones explicadas en clase, sobre todo si en el libro tienen muchos nombres con letra bastardilla; se pirran por encontrar á un catedrático para saludarle quitándose la gorra hasta los pies; juegan á la pelota en todas las fachadas, aunque esté prohibido; tronchan las plantas de los paseos á librazo limpio; van por las calles estorbando á todo bicho viviente, apedreando los perros y luciendo gruesas capas y abrigos que, como no tienen la propiedad de la túnica de Cristo, aunque el sastre les echa una cuarta de más al hacerlos, sucede que de *pipiolos* les arrastran y, cuando terminan el bachillerato, apenas les llegan á la cintura.

Por fin comenzó el reparto de premios. Hubo un momento de espectación; muchos padres palidieron conmovidos por el único orgullo legítimo y santo, por el de los triunfos de los hijos; á muchas madres se les arrasaron de lágrimas los ojos;

hasta en los rostros, antes impasibles, de los catedráticos se reflejaron la simpatía y el cariño que inspira la presencia de la juventud vencedora en las nobles lides del trabajo.

En tanto, los estudiantes nombrados por el secretario del Instituto desfilaban á paso fòrzado y con los brazos caídos, tropezando en la alfombra y en las gradas y escapando en cuanto recibían el diploma de manos del gobernador.

La aparición de cada uno de los agraciados era saludada con los aplausos de sus compañeros, aplausos tan invariables y repetidos, que casi perdían el valor por la indiferencia con que se prodigaban.

Sin embargo, hubo dos ocasiones en que estos alardes de cortesía y compañerismo se trocaron en sincero entusiasmo. Entre aquel desfile de niños de la clase alta y de la clase media, se vió de pronto avanzar á un chico vestido humildemente: llevaba alpargatas blancas, tiznadas de polvo negro y un traje de paño burdo de corte impropio en su edad. Era hijo de un carbonero y, por su clara inteligencia y obstinada aplicación, había sido pensionado por el Ayuntamiento de la ciudad para seguir una carrera literaria.

Al verle salir del último rincón con la cabeza baja, el rostro encendido, la actitud huraña y casi hostil, que conservaba siempre entre los estudiantes señoritos, una estruendosa salva de aplausos atronó el salón; las señoras se incorporaron para

contemplanle, y hasta las rígidas figuras que ocupaban los sillones de la plataforma le acogieron con miradas y ademanes cariñosos.

La voz del gobernador vibró más alto que de ordinario, diciéndole:

—Que este premio y estos aplausos te estimulen en tu carrera, para que tu retrato, colocado en este sitio como los de esos insignes personajes, represente una nueva gloria de la ciudad en que naciste.

La ovación con que todo el concurso acogió las frases del gobernador, quedó ahogada repentinamente al ver surgir una figura de tez ennegrecida y de atlética presencia que, abriéndose paso entre los apiñados estudiantes, se desplomó sobre el chiquillo, estallando en roncós sollozos. Era Bruno el carbonero, cuya fortaleza, cual la de los árboles que él había hendido de joven en los bosques, se desplomaba á impulsos de la ternura paternal, ante el entusiasmo despertado por su hijo.

Pepe Solís fué objeto de manifestaciones no menos espontáneas y ruidosas las repetidas veces que subió á recoger distintos premios; la fama de su talento, la nobleza de su carácter y la cordialidad con que auxiliaba en los trances apurados á sus compañeros, contribuyeron á que éstos, no sólo le aplaudieran, sino que le abrazasen efusivamente cada vez que descendía de la plataforma.

La simpatía que irradia inconscientemente la juventud, sobre todo la juventud trabajadora y en-

grandecida por nobles ideales, difundía en el salón un ambiente de cordialidad que hacía enmudecer á los celos y á la crítica y se reflejaba en la franca alegría de los semblantes, en la sinceridad de las felicitaciones.

Sólo Merceditas parecía triste; pensaba en lo que su madre hubiera disfrutado con los triunfos de Pepe; la comparaba con todas las señoras del concurso, y no hallaba ninguna digna, no ya de igualarse con ella, pero ni aun de fijar la atención de su padre, como la atraía aquella rubia vistosa, muy retocada y compuesta, con la cual conversaba Solís en voz muy baja, pero sin duda tan agradablemente, que ni siquiera se había emocionado con las ovaciones tributadas á su hijo.

El gobernador, poniéndose en pie, declaró abierto, en nombre del Rey, aquel curso académico; la banda del Hospicio rompió á tocar desafinadamente la marcha del *Fausto* y á sus acordes comenzó en la plataforma un desfile algo teatral, acentuado por los brillantes tonos de los uniformes y mucetas que adornaban á los graves personajes que habían presidido el acto.

En la sala, el desfile fué más tumultuoso. Todos los chicos, emulando á Pepe, abrazaban al carbonerito; las familias se empujaban impacientes para reunirse con sus hijos y las señoritas se regocijaban al ver concluída una sesión tan monotoná.

En la plaza del Instituto se inició la dispersión general; los padres de los alumnos premiados co-

gían orgullosos del brazo á sus hijos creyéndolos admirados del mundo entero y viendo de ello inequívocas pruebas en los detalles más vulgares, en una cortina que al pasar descorrían, en el saludo de algún conocido, hasta en la insistencia de un mendigo que les auguraba venturas.

Merceditas salió con sus hermanos triste y preocupada. Solís caminaba delante y, hablando animadamente con la rubia y con una señora que la acompañaba, hasta olvidó la dirección de su casa y recorrieron media ciudad para dejar á las desconocidas en su domicilio.

Entonces se acercó Pepe á Manuel y le dijo con alegre franqueza:

—Tenemos un convidado; debemos comprar pasteles.

—¿Quién es?—preguntaron las niñas.

—¿A que lo adivino?—interrumpió Solís.

—Es el carbonerito; pero no sé si vendrá, porque no quiere dejar solo á su padre.

—Vendrá—replicó Manuel—porque á su padre le había invitado yo, adivinando tu idea.

Las niñas quedaron un momento asombradas; pero Merceditas, apreciando la delicadeza de la invitación de su hermano, corrió á su casa para agasajar á sus huéspedes que, si tiznaron de negro las servilletas, honraron la mesa del obrero intelectual, que así enaltecía al obrero del pueblo



## XII

Para los niños madrileños, uno de los contrastes más ostensibles entre las costumbres de la corte y las de Orbeda fué el que observaron durante los primeros días de Noviembre.

En Madrid los consideraban como la época característica de los huesos de santo, en que acudían á la Mallorquina para surtirse de los apetitosos buñuelos de viento, y en que su padre los llevaba al Español á ver el consabido *D. Juan Tenorio*, pero no el *Tenorio* de pacotilla representado en todos los teatros, sino el que con artística propiedad caracterizaban los actores más renombrados y en el que no sabían qué admirar más, si las estéticas decoraciones y los ricos trajes, ó las tiradas de versos que luego aprendían en casa, leyendo el drama de Zorrilla y representando entre los tres hermanos, aun las escenas de numerosos personajes.

También en Orbeda, desde los últimos días de Octubre, repitieron los chicos aquellas parodias del *D. Juan*, volviendo Merceditas á envolverse en blancas telas para transformarse en *D.<sup>a</sup> Inés* y Pepe á construir espadas de madera para desafiarse con el imaginario *Mejía* ó con el diminuto *Comendador*, que personificaba Pilarín.

Mas llegó el primero de Noviembre, día de recogimiento y de duelo en la población, y los niños, asombrados por aquel contraste de los hábitos provincianos con los madrileños, que convierten aun las efemérides más lúgubres en días de asueto y de animadas romerías, enmudecieron también, y muy formales y cabizbajos acompañaron á su padre á casa de Bermúdez, pues *D.<sup>a</sup> Claudia*, que era la previsión en persona, había supuesto que los madrileños no tendrían la costumbre de consagrar la noche á honrar á sus difuntos.

Congregados amigos y parientes en un espacioso y destartalado aposento, comenzaron la piadosa devoción de la noche de ánimas, rezando solemnemente las tres partes de rosario, mientras el helado cierzo traía el eco de las plañideras campanas, que doblaban á muerto toda la noche.

Los niños rezaban piadosamente, edificando á todos con su recogimiento y atención, y muchos observaron que hasta Pepe tenía los ojos empañados por el llanto al ofrecer, sin duda, todas las plegarias por la muerta querida.

Terminados los rezos continuó la cotidiana ter-

tulia, pero la conversación fué grave y luctuosa; las señoras hablaban de tan medrosa noche con verdadero temor, que hacía sonreír á los madrileñitos, acostumbrados por su padre á mofarse de fantasmas y duendes. Las damas protestaban con indignación al oír exclamar á Pepe, con la jactancia de sus pocos años, que no le importaría pasar aquella noche en el mismísimo camposanto, bien seguro de que los pobres muertos no habían de jugarle ninguna mala pasada, y todos enmudecían conmovidos al escuchar la mimosa voz de Mercedes que, con temblorosa emoción, profería:

—¡Qué dicha si los muertos volviesen, siquiera esta noche!

Por fin, los tertulios fueron desfilando. Al cruzar las oscuras calles, Pepe se complacía en intimidar á las señoras recitando las décimas del *Miserere* de Núñez de Arce ó repitiendo gravemente un típico romance, que las amedrentaba al oír:

«Es la noche de los Santos,  
y como esta noche es fama  
que suelen rondar los muertos  
sus terrenales moradas,  
nadie osa abrir una puerta  
ni entreabrir una ventana,  
temeroso que por ellas  
pueda filtrarse un fantasma...»

Pero las supersticiosas no le dejaban proseguir y se alejaban tapándose los oídos con los boas ó con las toquillas.

La noche, fría y tenebrosa, parecía armonizar con el fúnebre campaneó. Pilarín se escondía temerosa entre Mercedes y su padre, y éste, para disipar tan dolorosas impresiones en el alma de las niñas, se esforzaba en comentar con Pepe las ridículas supersticiones que pueblan de fantasmas imaginarios la noche de ánimas; noche, no de terror, sino de amor y recogimiento, en que la cristiandad eleva una plegaria inmensa, colectiva, por los espíritus libertados de los mezquinos afanes de la existencia.

Todas las tardes, durante la novena de las ánimas, repitióse el fúnebre tañido, que evocaba medrosas consejas en los espíritus pusilánimes ó incultos, como el de la fámula que por entonces hacía estragos en casa de Solís, la cual, aunque convertía el miedo en pretexto para no trabajar durante la noche, no vacilaba en dejar solos á los niños y en realizar interminables correrías, fingiendo ir á la fuente, porque era el más *acuático* de todos los *bolinches* que de este género habían disfrutado.

Pepe, aburrido de que diariamente se quemase la cena ó de que no llegara á cocerse, se amparó también de las supersticiones vulgares para cortar los nocturnos vuelos de la criada; y, tras largas discusiones con Mercedes, que se resistía á poner en práctica la diablura discurrida por su hermano, éste llegó una tarde con un fajo de pergaminos arrancados de las cubiertas de unas obras anti-

quísimas que le había dado Valdés, y entre la expectación de las niñas dió principio á su obra.

—A mí me parece muy difícil, casi imposible— objetaba Merceditas, pretendiendo disuadirle aún.

—Pero, criatura, ¿de qué sirve si no el estudiar Fisiología? Tengo un hermoso modelo en el libro de texto. Tráeme un cabo de vela, y yo te aseguro que este *bolinche* se vuelve *terrestre* por las noches.

Poco después Pepe salió sigilosamente á la escalera; Mercedes y Pilarín dejaron entreabierta la puerta de la casa, y á los pocos instantes el muchacho regresó triunfalmente frotándose las manos.

—Resulta admirable—afirmó.

—A ver, á ver—murmuraron las niñas abalanzándose á la barandilla.

Mercedes tuvo que ahogar un grito de Pilarín, y cuchicheando y riendo penetraron los tres en su casa.

Ya era hora; en aquel momento la sirvienta, después de preparar un malhadado guisote, agarró el terroso cántaro y se dispuso á salir.

Los niños fingieron estudiar afanosamente sus lecciones, y en cuanto la fámula hubo salido, corrieron á la puerta de la escalera.

El *bolinche* bajaba tarareando una canción; de pronto se detuvo amedrentada; sin embargo, dudando de sus propios ojos, descendió un tramo más; pero al hallarse frente á frente con una amarillenta calavera, de cuyas órbitas brotaba sinies-

tra luz, comenzó á dar alaridos, ganando á saltos locos la escalera, y en tan precipitada y temerosa huída el cántaro cayó con estrépito de sus manos, aumentando el estruendo de tan vertiginosa fuga.

Inútil es decir que, si Manuel pagó los vidrios rotos, teniendo que comprar otro cántaro, en cambio el *bolinche* desistió desde aquel día de sus escapatorias nocturnas.

En tanto, en el *Heraldo de Orbeda*, y aun en las costumbres de su director, se había verificado una transformación profunda. Manuel vivía más alejado de sus hijos que en los tiempos en que las elecciones le retenían constantemente en la redacción.

Pepe lo atribuía á las cavilaciones que le ocasionaba la actitud de los accionistas del periódico, que, una vez conseguido el triunfo electoral, empezaban á dolerse de las cuotas mensuales que el sostenimiento del diario les producía, haciendo temer á Solís que Trifoncito le suplantase gratuitamente en la dirección, produciendo al partido el grato ahorro de los diez mil reales que, aunque resultaban mezquinos é insuficientes para la vida de los madrileños, parecían dispendiosa gratificación á los provincianos.

Merceditas sentía vagos temores; la imagen de la rubia conocida en la apertura del Instituto la atormentaba hasta en sueños, inspirándole zozobras, que ni siquiera se atrevía á referir á su hermano.

Las modificaciones del *Heraldo de Orbeda* ha-

bían resultado muy gratas á Manuel, que cada vez odiaba más la política. Varios accionistas le habían manifestado el deseo de que el periódico adquiriese en aquella época de paz una forma más amena, iniciando una sección literaria donde se dieran á conocer jóvenes de la población que, andando el tiempo, podrían convertirse en glorias regionales.

Solís, asustado por la idea de que innumerables Trifoncitos asaltasen la nueva sección, habló de la conveniencia de popularizar las obras de nuestros clásicos antiguos y modernos, y con los títulos de *Oro viejo* y *Joyas literarias* publicó hermosas y escogidas composiciones de nuestros autores de valía.

Pero los Trifoncitos de Orbeda se sublevaron contra el clasicismo y contra la selección que, en su vanidad de literatos chirles, juzgaban humillantes para ellos, que hasta se reían de las antiguallas de Cervantes y de los romanticismos de Zorrilla.

Consideraban la sección literaria como exclusiva propiedad suya; querían mostrarse en ella galantes con sus convecinas y rendidos con la dama de sus pensamientos, dedicando poesías á las señoritas de la población.

—Eso amenizará mucho el periódico—afirmaban; y, para convencer á los accionistas, añadían: —Además, nos conquistarán las simpatías del elemento femenino, que es lo más importante, porque, al fin y al cabo, las mujeres son las que sue-

len pagar los recibos del periódico é inclinar á sus maridos á que dejen la suscripción.

Solís se resistió cuanto pudo; quería que el *Heraldo de Orbeda* fuese un periódico serio que pudiese alternar dignamente con los de Madrid; pero la obstinación de todos llegó á enervar sus energías y, lo que es más, la influencia del medio le indujo á incurrir en la misma debilidad que había encontrado en otros insulsa y ridícula.

Un día aparecieron unas magníficas quintillas amorosas firmadas por él y dedicadas á una dama incógnita ó encubierta tras el poético nombre de *Isela*. Los comentarios que en la ciudad produjo hecho tan inaudito exacerbaron la chismografía provinciana, pronta á desbordarse con el menor aliciente. Las muchachas casaderas llegaron hasta á mostrarse casi ofendidas por la preferencia, porque su tenaz figoneo desentrañó bien pronto el anagrama, revelándoles que la decantada *Isela* no era otra que *Elisa Beltrán*, que, según ellas, se esforzaba con sus coqueterías por atraer á Solís.

Pero en quien produjeron los versos una verdadera explosión de sentimientos largo tiempo reprimidos, fué en *Merceditas*. ¡Su padre hablando de amor á otra mujer! era abrumador, horrible, no por la medrosa perspectiva de una madrastra, sino por el olvido de la pobre muerta, de su madre, tan santa, tan bella, tan trabajadora...

Corrió á buscar á *Pepe* y, presentándole el periódico, le dijo desolada:

—¿Lo has leído?... ¿has visto lo que viene en el *Heraldo*?

—¡Ya lo creo!—replicó él, impresionado por una emoción bien distinta.—Ya ves cómo en el extranjero triunfa el verdadero mérito... ya ves cómo en el Congreso de Berlín hacen justicia á Díaz Valdés. ¡Que aprendan los ignorantes y los necios de Orbeda!...—y mostró á la niña un extenso artículo de su padre, que resumía los entusiastas juicios de los más ilustres naturalistas acerca de los trabajos presentados por el eminente botánico español.

Mercedes volvió la hoja, afligida de que Pepe pudiera tener una preocupación distinta de la suya; y, señalándole los versos dedicados á *Isela*, le ordenó que los leyese.

Su hermano rechazó el periódico, diciendo con entusiasmo:

—Son preciosos, magníficos... como suyos.

—Pero prueban que se olvida de mamá... puesto que quiere á otra—prorrumpió la niña, rompiendo en amargo llanto.

Pepe, dándose entonces cuenta de las sospechas de su hermana, la increpó festivamente:

—Calla, tonta... pero si *Isela* no existe... Ya se conoce que no entiendes de literatura. Todos los grandes poetas de nuestro siglo de oro dedicaban sus versos á una dama de nombre supuesto, y unos la llamaban *Filis*... otros *Flérida*. ¿No has leído el *Quijote*? ¿no sabes que *Dulcinea* del Tobo-

so no existía realmente? Pues papá, como los más grandes poetas, como los más famosos caballeros, tiene también una dama imaginaria, sin existencia real; porque todos ellos, aunque no estén enamorados verdaderamente, necesitan... ¿cómo te diré?... necesitan algo así como un ideal que inspire sus versos ó sus hazañas... Conque no llores, rica mía, porque *Isela* no existe, como nunca existió la sin par *Dulcinea* del Toboso.

### XIII

La palabra *vacaciones* retozaba en todos los labios desde hacía días y, sobre todo, desde que los señoritos de Orbeda que estudiaban en Zaragoza ó en Madrid habían vuelto á sus casas y pululaban, aunque cayesen capuchinos de punta, por plazas y calles, formando grandes grupos en que se hablaba á voces, se criticaba al gobierno y se prometía arreglar el mundo cuando ellos fueran ministros ó cosa semejante; en que los tímidos y novatos eran mirados por encima del hombro; en que se lucían las más extravagantes modas y en que se reía y armaba gran estrépito para llamar la atención.

Con este ejemplo dado por los grandullones, con el gusto que producía el vaguear por las calles desesperando á las vendedoras de turronec, naranjas y otras menudencias, los chicos andaban

sobreexcitados, y sólo el prestigio de los profesores impedía el que se declarasen en huelga los alumnos.

Esto desesperaba á los de Universidad, que no cesaban de sermonear á aquellos monigotes sin experiencia, y los efectos de sus peroratas podían verse y oirse en los claustros del Instituto, habiendo chico que, por el fútil placer de anticipar las vacaciones, y sobre todo de no desmerecer en hazañas de los guapos de Universidad, se exponía á perder el curso ó á hallarse enredado en un consejo de disciplina.

El aspecto, siempre interesante, que ofrece un establecimiento de enseñanza se acentúa durante los días en que ocurre algo anormal. En cada rincón se forma un grupo, en cada grupo se perora con animación, y esta animación tiene en todos el mismo origen, cual si pretendieran desquitarse de las temporadas en que las horas se deslizan monotonas y tranquilas como la corriente de un río encauzado.

En los claustros del viejo Instituto de Orbedá la algazara y el ruido eran tales, que resultaba imposible entenderse. Los grupos, aunque disueltos de continuo por la intervención de los dependientes, se formaban de nuevo en cuanto éstos volvían la espalda, más numerosos y alborotadores.

—Lo que debíamos hacer—afirmaba con ligeras variantes el más rebelde de cada corro—era

dejar que los catedráticos explicasen á las paredes.

—Eso es muy bueno para dicho; pero ¿y si nos borran de lista?

—Si aquí hubiera unión y compañerismo, tendrían que conformarse; más serio es todo en la Universidad, y ya habéis oído lo que sucede en Zaragoza y Madrid.

—¿Y si lo saben en casa y la echan por la tremenda?

—¡Qué han de saber! Nos vamos todos juntos por el camino de Valoria y... si te he visto no me acuerdo,

Momentos de duda; muchos apoyan las palabras del atrevido; otros vacilan.

—Puesto que sois tan mandrias, haced lo que queráis. Nosotros nos largamos, ¿verdad?

—¡Sí! ¡sí!...

—Yo no entro en clase.

—¡Ni yo!

—¡Ni yo!—exclaman todos, corriendo á la desbandada, tirando á lo alto los libros y aturdiendo al vecindario con su algarabía.

Sin embargo, aun no han entrado en la carretera de Valoria, cuando los más decididos se detienen y, rascándose la cabeza, preguntan encarándose con su bullicioso séquito:

—Qué os parece: ¿nos borrarán de lista?

Míranse unos á otros, páranse todos, vuelven la vista hacia el edificio de que acaban de salir

disparados como cohetes, y al ver los grupos agolpados á la puerta, arquean las cejas y se encogen de hombros.

—Ahí tenéis á esos cómo pasmarotes.

—En fin, por un día no pérdamos el curso...

Algunos se ríen y les increpan recordándoles sus recientes bravatas, pero todos vuelven al Instituto, y, una vez allí, á chillar, á perorar, á llamar cobardes á otros y á afirmar que serán unos simples los que entren en clase, hasta que, al escuchar la voz del conserje que los llama á ella, penetran en el aula como desbocados, empujando las puertas y dándose de porrazos por entrar los primeros, aunque sin dejar de gritar ni de pedir vacaciones.

Así llevaban más de una semana, pero el sábado ocurrió un incidente que contribuyó á que el alboroto se convirtiera en delirio. Cuando la plaza del Instituto se hallaba más invadida por los grupos rebeldes, apareció corriendo á la desbandada, para dispersarse por distintas calles, un tropel de chiquillos desarrapados pregonando á voz en grito:

—¡El extraordinario del *Heraldo de Orbeda* con el triunfo de Díaz Valdés!

La exaltación en que se hallaban los ánimos produjo repentinamente una explosión de entusiasmo hacia el director, no precisamente por el éxito científico, sino porque éste les parecía el más admirable pretexto para imponer una vacación forzosa.

Los chiquillos quedaron envueltos por los estudiantas, que les arrebataron las hojas recién impresas, pagándoles con puñados de calderilla arrojados al aire, con lo cual la confusión y el griterío llegaron á su colmo.

El suplemento contenía varios telegramas de Berlín y de Madrid, en los cuales se notificaba que el Congreso de Ciencias Naturales había aclamado unánimemente al sabio español, dando el nombre de Díaz Valdés á una de las familias de plantas descubiertas y clasificadas por el botánico de Orbeda.

Pepe estaba radiante, soñaba con una apoteosis para D. Francisco y, recordando los homenajes tributados en Madrid á nuestros grandes hombres de fama universal, comenzó á proponer á sus discípulos que se organizase una manifestación que, al honrar al sabio, los honrase á ellos.

Como todos no podían oírle, le cogieron en hombros y le subieron á una de las abiertas ventanas del edificio, desde la cual peroró:

—Hay que preparar, antes de que se nos adelante nadie, un homenaje en honor de Díaz Valdés.

—¡Sí!... ¡sí!—prorrumpieron todos, arrojando las gorras al aire y brincando de entusiasmo y alegría.

—¡Viva Valdés!

—¡Viva!—replicaron con voz enronquecida de tanto gritar.

—Dejadle que hable—exclamó el carbonerito;—

él tendrá alguna idea grandiosa, al estilo de Madrid, donde ha visto muchos homenajes.

—No—le interrumpió Pepe,—la idea no ha de ser sólo mía. Cada uno de nosotros debe exponer lo más hermoso, lo más delicado que se le ocurra, y así será un tributo de admiración colectiva.

—¡Bien!

—¡Bravo!

—¡Magnífico!—profirieron de nuevo entre gritos y saltos.

—Propongo que se le dé un banquete—indicó una voz.

—¡Admirable!—asintieron muchos, congratulándose ya con la idea de saborear apetitosos manjares de fonda, codeándose familiarmente con los catedráticos.

—Imposible—interrumpió Solís.—¿Qué puede importarle un banquete á un sabio de costumbres ascéticas? ¿qué glorificación representa un convite?... Hay que idear algo original, algo elevado y permanente.

—Tengo una idea—gritó el carbonerito.—Iniciemos una verdadera cruzada para obligar á que todo el mundo se descubra al paso de Díaz Valdés.

—¡Idea sublime, que hay que poner en práctica desde hoy mismo!

Todos aplaudieron ruidosamente al ver sancionada por Solís la iniciativa del carbonerito.

—Pero eso no basta—prosiguió Pepe.—Eso está al alcance de todos, y nosotros, los alumnos,

tenemos que hacer algo más, algo que no pueda hacer nadie.

—¿El qué?—preguntaron cien voces.

—Necesito madurar una idea; mas, por de pronto, hay que ofrecer al director el único homenaje que puede agradar á su modestia.

—En seguida... dinos cuál.

—Entrar en clase. La mejor manera de honrar á un sabio es escuchar con entusiasmo y recogimiento sus explicaciones.

—Hay que entrar en clase.

—Nada de huelga.

—El mejor tributo de admiración es escucharle á él mismo la ciencia que maravilla á los sabios de Europa—murmuraron en diferentes tonos cien voces, y un verdadero alud se precipitó en los claustros del Instituto y en la cátedra del naturalista, donde penetraron hasta los que no eran alumnos suyos.

«¡Gloria á Díaz Valdés!»—quedó trazado simultáneamente por ignoradas manos sobre todos los muros, y cuando el anciano maestro, ajeno al entusiasmo estudiantil, con un herbario bajo el brazo, intentó penetrar en su cátedra, le acogió un aplauso loco, delirante, no sólo de los chicos, sino de los profesores y hasta de los bedeles y porteros asociados á la manifestación.

Don Francisco, desorientado, preguntó la causa á sus compañeros; pero Pepe Solís, adelantándose, con su habitual soltura, depositó en manos de

su viejo amigo un número del extraordinario del periódico.

Los vivos á Valdés atronaron el recinto y vibraron en los claustros con múltiples ecos.

—¡Que nos explique la familia de plantas que lleva su nombre!—exclamó el carbonerito.

Y cuando, por fin, el anciano, trémulo, anonadado por la emoción, tuvo fuerzas para complacerlos, catedráticos y alumnos, confundidos fraternalmente, sentados en los mismos bancos escucharon con verdadera devoción científica, con religioso respeto, la docta disertación en que Valdés, confidencialmente, con la sencillez y modestia que sólo poseen los verdaderos sabios, les refirió sus investigaciones, sus descubrimientos y sus estudios, al mismo tiempo que su asombro de que aquella labor que él calificaba de humilde y obscura—pero que representaba una vida consagrada á la ciencia,—hubiese merecido un honor, que le anonadaba por lo inesperado.

Al terminar la clase nadie se atrevió á gritar; los catedráticos se adelantaron para abrazar á Valdés, pero los chicos sentían en su presencia una veneración que los abrumaba. Casi todos confesaron después que tuvieron irresistibles deseos de llevarse algo suyo, el programa, el herbario para repartirlo, como amadas reliquias científicas; otros afirmaron que se sintieron impelidos á besarle las manos temblorosas ó los venerables cabellos blancos...

Todos creyeron que el entusiasmo y la turbulencia estudiantiles habían quedado acallados con aquella manifestación tan espontánea, tan hermosa, tan sincera; pero á la mañana siguiente, las aceras de la plaza del Instituto aparecieron obstruidas por trozos de ladrillo, de piedra y de yeso desprendidos de las paredes de los edificios. Los matinales transeuntes quedaron asombrados, la gente comenzó á arremolinarse, pero sólo encontraron la explicación lógica del hecho cuando, al alzar la vista, vieron que habían sido arrancadas todas las planchas de mármol en que se leía *Plaza del Instituto* y substituídas por improvisados y enormes letreros que decían: *Plaza de Díaz Valdés*.

Al día siguiente el Ayuntamiento, reunido en sesión extraordinaria, sancionaba el delicado homenaje tributado por los estudiantes al sabio, confirmando á la plaza con su nombre é iniciando una suscripción popular para colocar en la fachada del Instituto una lápida conmemorativa.



#### XIV

Los presentimientos de Merceditas resultaron verdaderos. La curiosidad y la indiscreción de D.<sup>a</sup> Claudia convirtieron sus dudas en certeza.

—¿Conque se casa tu papá?—le preguntó á boca de jarro un día que la encontró en la calle.

La niña estuvo á punto de perder el sentido. Tan violenta fué su emoción, que no acertó á contestar á la señora de Bermúdez.

—Buena falta os hace para que dejéis de vivir como una tribu de húngaros—prosiguió la indiscreta, resentida aún de la marcha de su incomparable *Tijí-tijó*.—Claro que ella ni tiene un cuarto ni es una niña; pero, de todos modos, hace falta valor para casarse con un viudo con tres hijos tan... independientes—terminó, sintiendo no poder decir tan salvajes.

Afortunadamente, D.<sup>a</sup> Claudia, viendo que no obtenía de Mercedes los detalles relativos á aquel

asunto que su fisgonería codiciaba, se alejó de la niña, dejándola sumida en la más honda aflicción.

Pero ¡tal desventura era posible! ¿Qué hechizo tenía aquella mujer para entusiasmar á su padre, para alejarle de ellos, para conquistar su cariño?

La incertidumbre y el dolor la sacaron de su aislamiento, y preguntó, preguntó á todo el mundo, ansiando ver desmentidas las noticias de doña Claudia. Era la primera vez que su padre no tenía confianza con ellos; hasta entonces, todos los planes, todos los asuntos, prósperos ó adversos, se los refería, y juntos sufrían ó gozaban, compartiendo inquietudes, ilusiones y contrariedades. Por eso la reserva de Solís, su cambio de carácter, atormentaban á Mercedes, haciéndole creer que su padre iba perdiéndoles el cariño.

Tras días de reconcentrados sufrimientos, decidióse á hablar á Pepe.

—¿Aun no lo crees?—le preguntó afligida.—Ya no se trata solamente de los versos del *Heraldo* ni de una Dulcinea imaginaria: lo sabe todo el mundo y, lo que es más horrible, dicen que papá se casa.

—Pues bien, sí—replicó su hermano con aplomo.—Él también me lo ha dicho; no os habla de ello, porque teme que no seáis razonables.

—Y ¡tú lo eres!

—Sí.

—¡Parece mentira! ¡No dolerte que se olvide de mamá... que quiera á otra!

—Me dolió horriblemente en un principio; pero reflexioné y creo que no debemos ser egoistas.

—Dicen que tiene más años que papá, que se pinta, que siempre ha sido una coqueta.

—Cuentos y chismes de la gente, que se complace en convertir á todas las madrastras en seres odiosos.

—Cualquiera diría que tú también la quieres.

—No la quiero aún, pero la querré... sí... no te asombres; la querré si hace feliz á papá, si es buena con vosotras, si respeta los recuerdos de nuestra madre...

La voz de Pepe tembló ligeramente al decir esto; sus ojos se velaron de lágrimas; mas, haciéndose fuerte, prosiguió en su misión conciliadora:

—Supongo que no incurrirás en la injusticia de creer que todas las madrastras del mundo han sido malas. ¿No comprendes que habrá habido muchas que hayan sufrido horriblemente esforzándose por educar á unos hijos que no son suyos? Esta misma, ¿no necesita una gran abnegación para encargarse de una familia pobre y de una casa como la nuestra, que parece una zahurda?...

Merceditas le atajó. Ella se mataría para economizar, para arreglarlo todo, pero que no profanasen el recuerdo de su madre con el cariño á otra mujer.

Pepe, viendo su obstinación, arguyó gravemente:

—Ya no se trata de eso, sino de la felicidad de papá, que debe ser antes que la nuestra, antes que todo. ¿No se ha sacrificado por nosotros constantemente?

—Sí...

—Pues ha llegado el momento de que nos sacrifiquemos por él. Es joven, guapo, está en la fuerza de la vida... ¿Qué extraño es que le quieran? Además, tú no puedes comprender otros sentimientos propios de las personas mayores...

—¿Y tú sí?—preguntó Merceditas burlonamente.

—Lo que yo comprendo es que papá sufre horriblemente y que sería un egoísmo indigno el que con nuestros ruegos, con nuestras lágrimas y, lo que es peor, con nuestras rebeldías, le destrocemos el alma, haciendo incompatible el cariño que nos tiene con el que Elisa le inspira. Si ella es buena, viviremos á su lado; si no, yo estudiaré una carrera corta, me haré maestro, telegrafista... cualquier cosa; os vendréis conmigo y viviremos pobres, pero juntos y queriéndonos mucho.

Merceditas le abrazó conmovida y ambos convinieron en sacrificarlo todo por no perturbar la dicha de su padre.

La imaginación y el optimismo de Solís le jugaban de común acuerdo una de sus habituales malas pasadas, haciéndole ver todo de color de rosa en sus ilusiones de una vida nueva; y así como su locura á D. Quijote le hizo convertir á la sucia y

tosca *Aldonza Lorenzo* en la hermosa y noble princesa *Dulcinea* del Toboso, la pasión de Manuel le inducía á transformar en un ser ideal á su decantada *Isela*; y sus ojos, agrandados artificialmente, le parecían luceros; los bucles postizos de su peinado, la espléndida cabellera de *Berenice*, y sus llamativos tocados, un prototipo de elegancia.

Elisa Beltrán, envanecida en su juventud con su radiante belleza, no había encontrado ningún pretendiente digno de su cariño. Soñaba con una boda fastuosa, con joyas y galas que realzasen su hermosura; pero como la modesta posición de los padres no correspondía al orgullo de la hija, ésta sufrió innumerables desilusiones y vió transcurrir sus floridos años sin alcanzar la fortuna ambicionada. El tiempo fué relegándola á segunda fila en los bailes y reuniones, y como su altivez le había granjeado la antipatía general, quedó arrinconada socialmente y convertida en una de esas solteras risibles por su afán de aparentar juventud y belleza, á fuerza de menjurjes y de extravagantes atavíos.

Por eso las atenciones y la asiduidad de Solís, del hombre de más talento de Orbeda, la deslumbraron. La envidia que suscitaron los apasionados versos que constantemente aparecían en el *Heraldo* dedicados á ella, le entusiasmó como un triunfo más halagador por ser tardío, por surgir en una época en que ya no esperaba ser amada, y, cual glorioso trofeo de victoria, mostró á Manuel en

teatros y paseos fascinado, rendido por sus mar-  
chitos encantos. No se preguntó si le quería, ni se  
preocupó de los tres niños; el amor del periodista  
era un arma para humillar á sus rivales, y la es-  
grimía altanera sin pensar que, al hacerlo, destro-  
zaba un corazón leal y apasionado y destruía la  
paz de una familia.

Solis, en tanto, se obstinaba en justificar con  
argumentos lógicos lo que era sencillamente ce-  
guedad de enamorado. Si pensaba en casarse, era  
por el bien de sus hijos, por hallar una segunda  
madre que los cuidara, porque las niñas tuvieran  
más adelante una señora de respeto que velase  
por ellas y las representase en sociedad.

Aquella situación era insostenible... la eterna  
lucha con las criadas, la continua falta de recur-  
sos. Él no podía trabajar... aquello no era casa...  
aquello no era vida.

Además, al casarse con una señorita de la po-  
blación adquirirían allí carta de naturaleza, deja-  
rían de ser forasteros, advenedizos.

Era una resolución salvadora; su propia felici-  
dad sería, al mismo tiempo, el bien y la felicidad  
de sus hijos.

## XV

No faltaban los nacimientos de cartón-piedra y verde musgo con sendas enarenadas, con ríos de cristal sobre los que, trabajadoras lavanderas, se inclinaban incansables pretendiendo limpiar ropas de yeso; con el portal de corcho bajo el cual se agrupaban las consabidas figuras; con peñascos inaccesibles llenos, sin embargo, de pastores y pastoras que, deseosos de presentar sus ofrendas de barro al Niño Dios, no vacilaban en colocarse al borde de tajados precipicios; con alegres bailes de zagales y zagalas en fértiles prados; con perros que parecían ovejas y ovejas que parecían gatos; con gallinas mayores que casas y casas que no llegaban á la cintura de los hombres, y, á lo lejos, dominando el panorama, blanca vivienda, desde cuya ventana y candil en mano, el ventero negaba hospitalidad á San José y á la Virgen, mientras en el otero más próximo, seguidos de

camellos de jiba imposible, caminaban los Reyes Magos sin llegar nunca al término de su viaje. En otro extremo, juntos, muy juntos á la lumbre para resguardarse del frío, pintoresco grupo de pastores, prestos á comerse las sabrosas migas ya á medio freir, ó contemplando con aire estúpido á un angelito de cara de rosa y alas de almidón que pendía del árbol cercano y parece va á caer en la caldera de un momento á otro.

Y ¡qué colección de bebés rubios y morenos, pequeños y grandes!... y ¡qué de cestas y cestitas para aguinaldos!... y ¡qué profusión de objetos que con sus caprichosas formas y brillantes colores eran blanco de las miradas de los niños y mengua de los bolsillos de los padres!

Los comercios de Orbeda rivalizaban decorando sus escaparates con tentadora esplendidez, sobre todo las confiterías, contempladas codiciosamente á través de la débil muralla de los vidrios.

¡Cuidado que son inoportunos los cristales! La verdad es que el que ideó ponerlos en tales sitios debía haberse visto condenado á... ¡vaya usted á saber qué pena hallarían bastante rigurosa los golosos que ante ellos se agolpaban, cual las moscas en torno de la miel!

Tras el malhadado vidrio, en que algunos desheredados de la suerte llegaban á poner labios y lengua, creyéndole contagiado de dulce, lucían sus extravagantes formas, animales no clasificados ni conocidos aún; turrónes colocados en anchas ban-

dejas ó en esbeltos fruteros: pegajoso y espolvoreado de anises el de guirlache, del que seguramente ha de estar empedreado el cielo; el de nieve, amasado sin duda con helados copos; el duro de Alicante, del que, como en Jauja, deberían edificarse las viviendas; el de yema, el de Jijona, el de Cádiz, en apariencia distintos, en realidad variaciones sobre un mismo tema. Junto á ellos, las anguilas de mazapán con flores de almidón pintado, se mordían despiadadamente la cola, simbolizando la eternidad de dulces y vacaciones, en que hubiesen deseado vivir los chiquillos que las contemplaban.

Orbeda ofrecía un aspecto alegre y pintoresco; el suelo de la plaza de la Catedral desaparecía bajo la burda lona de improvisados tenderetes, donde se vendían frutas secas, rosquillas, turrones baratos, naranjas y granadas, panderetas y tambores, toscas figuras de nacimiento, musgo y ramas de arbustos.

Las calles llenas de gente, los chillones cantos de las aves que parecían protestar de la aciaga suerte que les esperaba, el vocear de los mercaderes, el regatear de los compradores, el estruendo de los chicuelos que atronaban con las destempladas zambombas y las pintarrajeadas panderetas, unido á otros mil confusos rumores, daban á la ciudad la animación y el movimiento característicos de esta época; y, para que nada faltase aquel año, blancos copos de nieve, aguinaldo del na-

ciente invierno, tapizaban los tejados, los toldos y las ramas de los árboles, dando, por decirlo así, la última pincelada á los tradicionales cuadros de Navidad.

El hogar de Solís no irradiaba alegría, como otros muchos de Orbeda. Los días de general regocijo suelen ser los más tristes, no sólo para los enfermos y los indigentes, privados de salud ó de recursos materiales, sino para los enfermos del alma, para los pobres de afectos que, en vez de júbilo y expansión, sienten en torno suyo hielo y vacío, como Manuel y sus hijos lo iban sintiendo en la ciudad. Su situación, siempre difícil, podía ser de nuevo insostenible si una resolución enérgica no ponía término á los azares de su inquieta vida.

Manuel, advertido por leales informes, sabía que los accionistas del *Heraldo de Orbeda* estaban resueltos á que Trifoncito se encargase de la dirección aunque, por temor al juicio que pudieran formar de su seriedad los políticos madrileños que habían recomendado con entusiasmo á Solís, no se atrevían á abordar la cuestión de frente y buscaban un pretexto que justificase su decisión. Para conseguirlo, provocaban continuamente conflictos que exasperasen á Manuel y le indujeran á abandonar voluntariamente el cargo; mas él, aterrado del cataclismo económico que su dimisión traería consigo, se dominaba heroicamente, sufría impertinencias, toleraba imposiciones, persuadido

de que no hay tiranía más implacable que la de la necesidad cotidiana.

¿Cómo vivir, cómo verificar siquiera las oposiciones que había solicitado, si, al perder el destino, carecerían en absoluto de recursos? Si conseguía la plaza ambicionada, entonces sería él quien abandonase con dignidad, hasta con altivez, la dirección del *Heraldo*; pero hasta alcanzarla, ante el pavoroso problema cuya solución iba á buscar en una nueva forma de trabajo, ¿qué podía hacer sino sufrir, condescender y doblegarse ante las inclemencias de la vida?

Un ideal alentaba y hacía llevadera su aparente resignación: su apasionamiento por Elisa le alejaba de las amargas y desencantos de la realidad, inspirándole energía para el trabajo y para la lucha. La familia de ella exigía como condición para que la boda llegara á efectuarse, el que Solís tuviese una posición independiente y segura, y él, hallando natural y justa la pretensión formulada por los de Beltrán de un modo terminante y casi ofensivo, se preparaba para las oposiciones con ansia febril, porque el triunfo era una cuestión de vida y de amor propio.

La Noche Buena de aquel año iba, por lo tanto, á ser tan triste como la última que pasaron en Madrid.

—Más, mucho más—afirmaba Mercedes,—porque entonces papá sólo pensaba en nosotros y de nosotros dependía el consolarle.

En vano se afanaba Pepe por idear travesuras que abreviasen las horas. Las niñas no se atrevían á hacer ruido, porque su padre estudiaba incansable y era importuno interrumpirle. Además, les faltaban juguetes de actualidad; no tenían ni una docena de figurillas baratas con que improvisar un nacimiento; carecían hasta de golosinas; Manuel debía marchar á Madrid á principios de Enero y había que realizar á todo trance grandes ahorros.

Tampoco tenían verdaderos amigos que amenizasen con sus obsequios tan señalados días; á su padre, los que le brindaron amistad, ó le habían traicionado como Trifoncito, ó le habían explotado como Bermúdez; así que ni aun podían acariciar la ilusión de que llegasen imprevistos regalos que amenizasen las comidas de Pascua, ni tampoco dádivas compasivas de las que reciben los indigentes, pues la pobreza, los apuros de la clase media, soportados con heroicidad silenciosa, no atraen la atención de los potentados, porque la dignidad impide revelarlos en público.

Nada podían esperar y, sin embargo, esperaban... ¿el qué?... no lo sabían. El año anterior, ¿no les habían proporcionado los Reyes encantadoras sorpresas? Pues ¿por qué aquella noche el Niño Jesús, que en otras naciones colma de presentes los zapatitos de los niños, no había de enviarles también un recuerdo, un consuelo, una esperanza?

Sonó la campanilla fuertemente y, aun riéndose

de sus ilusiones, los tres se precipitaron hacia la puerta. Una criada aparatosa y descocada preguntó por su padre y, en vez del soñado aguinaldo, depositó en las trémulas manitas de Mercedes una carta... ¡de Elisa!

Por un momento, la cruel ironía del contraste anonadó á las pobres criaturas.

Pepe, con su generosidad acostumbrada, provocó la reacción y se impuso, diciendo:

—Debemos alegrarnos con toda el alma de que la sorpresa no sea para nosotros, de que papá vea esta noche realizada una hermosa ilusión. Corramos los tres, seguros de que, al darle esta carta nosotros mismos, le damos la mayor prueba de cariño y la mayor alegría.

Corrieron presurosos, pero con el corazón oprimido por lo doloroso de la abnegación que les inducía á aparentar serenidad y aun contento por no turbar la dicha de su padre, que apenas leyó los pliegos escritos con letra irregular y menuda, dejando á un lado los libros comenzó á escribir febril y velozmente.

Las niñas no podían disimular su emoción; Pepe, no acertando á distraerlas por sí mismo, cogió un libro de trozos literarios y creyó animarlas leyéndoles algo de actualidad: «La Noche Buena del poeta», de Alarcón; pero la tristeza emanada de las reflexiones del poeta niño que por primera vez comprende la amargura y la brevedad de la vida, armonizaban de tal modo con el resignado

dolor que los atormentaba, que las lágrimas comenzaban á deslizarse de sus ojos, cuando un nuevo campanillazo conmovió involuntariamente á los tres. Sin embargo, temiendo otra decepción, ninguno abandonó su silla, hasta que, guiados por la zafia *maritornes*, penetraron en el comedor el mozo y el portero del Instituto conduciendo dos enormes cajas que depositaron sobre la mesa.

—De parte de D. Francisco y... felices Pascuas.

La curiosidad y la impaciencia hicieron que ni aun Merceditas se preocupase de darles propina, sino de despedirlos lo más pronto posible.

Cortando con cuchillos las cuerdas que sujetaban las viejas tapas de cartón, abrieron las cajas y registraron su contenido.

Pilarín prorrumpió en gritos de alegría al ver el armazón de un nacimiento.

El pobre D. Francisco, acordándose de ellos, había realizado la ilusión acariciada aquellos días. ¿Quién sabe si, adivinando sus deseos, habría comprado precisamente el precioso nacimiento que los tenía encantados y que tantas veces corrían á admirar en el escaparate del *Bazar Suizo*?

Pero su asombro fué indecible, y por un momento se convirtió en contrariedad, al ver que la mayor parte de las primorosas figurillas de barro estaban rotas y que el polvo y los desmanes de los ratones habían deteriorado la armadura de corcho y de musgo.

Pepe, con rápida intuición, adivinó algo tierno

y delicado en el envío de Valdés, y cuando iba á comunicar á las niñas sus presunciones, apareció debajo de las últimas figuras una carta que leyeron, primero con curiosa impaciencia, luego con emoción creciente:

«Hijos míos: Aunque la vejez justificaría el que me convirtiese en venerable Rey Mago para realizar con preciosos juguetes vuestras ilusiones, sólo os envío algo que fué bello y riente, pero que ahora parece ruinoso y triste; algo que, por haber hecho gozar á unos niños felices y mimados, ha hecho llorar muchas veces á este pobre viejo desventurado y solo.

Os entrego el nacimiento con que mis nietos disfrutaron tanto. Sus manitas traviesas rompieron las figurillas, que hubieran quedado para siempre escondidas, abandonadas é inertes si no hubiese podido legaros esta triste herencia.

Os la confío, porque sólo vosotros sabéis apreciar la poesía de las cosas viejas, lo sagrado de las cosas rotas, santificadas por el dolor y la muerte.

Comprendo que os envío un triste aguinaldo, pero sé que lo admitiréis con amor y que mimaréis á esas pobres figurillas rotas, porque también vosotros estáis solos y tristes, porque también vosotros sabéis amar y sufrir.

*Francisco Díaz Valdés.»*





## XVI

Manuel marchó á Madrid á principios de Enero. Desde entonces los niños vivieron pendientes de las noticias de las oposiciones; su padre les telegrafiaba el resultado de cada ejercicio, ocultándoles cuidadosamente la fecha en que de nuevo le correspondía actuar, para evitarles sufrimientos y zozobras; pero era inútil; convencidos de la transcendencia que tenía el que Solís adquiriese un cargo inamovible, garantía de una vida sin azares ni inquietudes, las pobres criaturas temblaban sólo al pensar que una nueva decepción pudiese anonadar á su padre.

Merceditas pasaba horas y horas en su querida catedral, perdida entre las sombras de las oscuras naves, arrodillada en el fondo de apartadas capillas. Su carácter tímido y resignado, la amarga y precoz experiencia producida por las injusticias sociales que la herían siendo tan niña, la impulsaban á alejarse de la gente con retraimien-

to casi hostil y á simpatizar con el solemne silencio de los templos, con la serena placidez de los campos.

La sociedad era muy mala y muy cruel, fustigaba implacablemente á los caídos, á los desgraciados, á cuantos no acataban sus convencionalismos y rutinas. Era adulatora con los ricos y despiadada con los infortunados. La frivolidad y el orgullo marcaban diferencias infranqueables hasta en la infancia. ¡Cuántas veces las niñas elegantes las habían dejado solas rehuyendo el jugar con ellas porque iban mal vestidas, porque sus zapatitos estaban deslucidos y remendados, porque, por falta de recursos, llevaban en verano sombreros de invierno!

¡Cuánta burla y cuánto desdén en las palabras y ademanes de todos! ¡cuánta penuria... cuántos dolores! ¿qué madrastra más inexorable que la vida? Al lado de sus zarpazos de fiera, de sus latigazos de domadora, ¿podría llegar á parecerles más cruel su verdadera madrastra?

Sin embargo, su retrainimiento no lo inspiraba el rencor; su generosidad le impedía odiar y rebelarse; y, lejos de devolver mal por mal, lejos de sentir envidia ó despecho, las injusticias y las humillaciones le inspiraban una piedad infinita hacia los ofuscados por la vanidad ó por la ignorancia y hacia los desvalidos, más desamparados, más pobres que ella, con los cuales repartía hasta su propio sustento.

Su dulzura y su bondad perfumaban, cual suave bálsamo, todos sus pensamientos y deseos y, á veces, convencida de la superioridad de Solís sobre los demás opositores, rezaba para que otras niñas no sufrieran, si sus padres se quedaban sin plaza.

En Pepe dominaban más el orgullo por los triunfos de Manuel y el entusiasmo por las hermosas crónicas de actualidad y por los valientes artículos de fondo que desde Madrid enviaba al *Heraldo de Orbeda*.

Los políticos que le habían recomendado recibían cartas laudatorias de los mismos jueces del tribunal que, sin reserva, encomiaban los ejercicios y el talento de Solís. Era indudable que obtendría un éxito completo y que, al regresar, humillaría á los desleales amigos de Orbeda, renunciando la dirección del periódico para entrar, por derecho propio y con todos los honores de un triunfo ganado en la gloriosa lid de las oposiciones, en la carrera judicial.

Ya verían entonces que *aquel loco de Manolo* no necesitaba más que proponerse una cosa para conseguirla; y las pequeñas, á quienes reanimaba vaticinándoles los éxitos de su padre, reían candorosamente con los ingeniosos discursos en que Pepe imitaba los sesudos sermones del tío *Alejandro Magno*, como el travieso muchacho había dado en llamar al formidable y voluminoso canónigo de Henara.

En tanto, el carnaval había sacado á la luz pública los ajados y sucios disfraces que anualmente se alquilaban en algunos tenduchos y casas de préstamos. Reaparecieron los diablos de roja percalina, los formidables bebés, las chulas hombrunas y los deslucidos capuchones de todas las carnestolendas; reaparecieron los huevos rellenos de barro y ceniza, las orquestas de sartenes, peroles y latas de petróleo, y se reanudaron las burlas insolentes, las bromas rencorosas en que la malicia se explayaba calumniando á mansalva bajo el dominio y la careta.

La calle Real semejaba interminable película de pintoresco cinematógrafo, donde sucesivamente volvían á desfilar los mismos grupos y figuras. En aquel sitio, el más céntrico de la población, parecían replegarse las máscaras menos desastradas y se exhibían los pobres niños disfrazados con grave riesgo de adquirir enfermedades peligrosas merced al frío, al cansancio y á la polvareda levantada por el continuo bullir de miles de personas. Dos ó tres comparsas de ciegos y lisiados mendigaban con escaso provecho, disminuído por la incesante peregrinación realizada de taberna en taberna.

Los vendedores ambulantes no daban á basto proporcionando á los transeúntes los frágiles caprichos del carnaval y, sobre todo, los imprescindibles *confetti*. Las señoritas que, por temor á groseras bromas, se refugiaban en los balcones, ha-

bían entablado una verdadera lucha de una acera á otra, á fin de entoldar la calle de polícromas serpentina.

Mercedes y Pilar habían pasado la tarde en uno de los balcones de Bermúdez; D.<sup>a</sup> Claudia, durante la ausencia de Manuel, se creía en la obligación de ejercer sobre ellas asfixiante protectorado, y como la dominante señora imponía á sus íntimos alegrías y tristezas, obligándoles lo mismo á conmemorar á los difuntos que á añadir un plato á la ordinaria comida, aquella tarde había decretado que tenían que divertirse las hijas de Solís, aunque se hallaban profundamente preocupadas por aproximarse el término de las oposiciones de su padre.

Pepe había quedado en ir á buscarlas y, adivinando el disgusto de las niñas por el secuestro de D.<sup>a</sup> Claudia, se dirigía á casa de Bermúdez antes de la hora convenida, abriéndose paso difícilmente entre la aglomerada muchedumbre, cuando un mascarón, con la cara tiznada de negro en sustitución de la careta, le dijo en tono más rencoroso que festivo:

—Anda, anda, que á tu padre, con toda su fanfarria, buena burla le hace hasta su novia.

Volvióse Pepe, cual si le hubieran abofeteado, y reconoció al hijo del conserje del casino que le hostilizaba continuamente desde la lucha suscitada el carnaval anterior en defensa de Díaz Valdés.

—¡Qué sabes tú, mal bicho!—replicó airado.

—Lo sabe todo el mundo; y para persuadirte, ven á ver lo divertida que pasa las noches en el baile. Te invito al de hoy.

Y se alejó haciendo canallescascas contorsiones, mientras Pepe dudaba si arrojarle sobre él ó despreciar sus frases.

Pero lo que no pudo fué olvidarlas, convencerse de que serían pura invención del infame chicuelo.

Al regresar á su casa se las refirió á Merceditas, y ésta, con la aversión que le inspiraba la prometida de su padre, no vaciló en darles crédito.

—¡Oh, si fuese verdad!—murmuraba Pepe con los puños crispados. Si esa coqueta le tomase por juguete, apelaría á todos los medios para descubrirla, para ponerla en ridículo...

Merceditas, en cambio, estaba radiante, vislumbraba en aquella revelación una esperanza, y desde un principio alentó la idea que su hermano apenas se atrevía á expresar: debía ir al baile del casino aquella noche, cerciorarse por sí mismo, y después... después...

La alegría de ver libre á su padre de una pasión, que ella juzgaba absurda y funesta, no le permitía pensar en el tormento que al pobre Solís produciría aquel nuevo desencanto. En voz baja, recatándose de la pequeña, quedó trazado el plan. Pepe saldría tarde de casa, llevándose el llavín, como si ya fuese un hombre... alquilaría un capuchón para que el chico del conserje no se regoci-

jase, viendo el éxito de su bromazo y recorrería los salones observándolo todo perspicazmente á favor del incógnito.

La sobreexcitación nerviosa y la impaciencia febril les impidieron cenar; abrazáronse sin saber si les conmovía un temor ó una esperanza, y Pepe salió sigilosamente, por no exacerbar la curiosidad de los vecinos. Su imaginación acrecentaba lo novelesco de la escapatoria y cuando, cubierto con amplio y obscuro dominó, cruzó las calles de Orbeda, se juzgaba protagonista de una aventura juvenil y evocaba las personificaciones literarias del amor filial, recordando medio en broma la misión terrible y justiciera de *Orestes* y de *Hamlet*.

El no urdía venganzas ni, afortunadamente, su caso era tan trágico como los inmortalizados por Eurípides y por Shakespeare; mas el desquite sería proporcionado también al agravio y el desprecio de su padre correspondería á las veleidades de la coqueta.

El baile se hallaba en su apogeo. Las damas, sin antifaz, lucían sus encantos, sus mejores alhajas, sus trajes improvisados con la ayuda de modistas caseras. La cursilería diaria aparecía disfrazada aquella noche con modas de otros tiempos ó de otros países. Peinados, zapatos, guantes, joyas, aumentaban los anacronismos cometidos en la copia de pretenciosos figurines; pero, en cambio, la animación, el colorido, el oleaje de gasas y plumas y la alegría de la juventud, ofrecían

un conjunto sugestivo, producían grato y fugaz mareo.

Pepe quedó un momento absorto; era la primera vez que concurría á un baile, y su alma sintió el deslumbramiento originado por la belleza juvenil, triunfante, encantadora. Vibraron en su sér intuiciones de dichas futuras, de indefinidas ilusiones, y el vértigo de las notas de un vals que arremolinaba parejas, perfumes, colores, le desvaneció un instante. Mas el recuerdo de *Hamlet*, insensible, aun siendo un hombre, á los esplendores de la corte danesa, le recordó, con el contraste de lo trágico, que no tenía ni aun edad para ceder á la fascinación, que él también se había impuesto una misión ardua, importante, dolorosa, y concentró su interés en hallar entre la bulliciosa muchedumbre á Elisa. Su exuberante cabellera rubia y su llamativo tocado la hacían destacarse entre todas. Bailaba con un hombre alto y fornido, en cuyo porte se adivinaba la pretenciosa ostentación de un ricacho de pueblo. Terminó de pronto la música y las móviles figuras, obedeciendo á la inercia, dieron todavía algunos pasos, marcando extinguidos compases y regocijando á las mamás y á las solteronas que, sentadas en los divanes, se explayaban en la crítica y el fisgoneo.

Pepe siguió con la vista á la pareja que le intrigaba. La vió abandonar el salón de baile y dirigirse á otro, donde se servían dulces y refrescos. Sentáronse los dos solos en una mesa inmediata á

la puerta y Pepe se aproximó con reflexiva indiscreción, ocultándose entre los pesados pliegues de un cortinaje.

Todos los veladores fueron asaltados por bulliciosos grupos y empezó un tiroteo de bromas, interrumpidas por dengues y melindres de las damiselas, que rehuían los obsequios de los galanes.

Elisa apuraba lentamente, entre remilgos y monadas, un sorbete de fresa; su acompañante, más por ostentación que por deleite, sacó un veguero ornado de ancha faja y comenzó á fumar, sacudiendo la ceniza del cigarro con previsión que le permitía lucir el grueso solitario que ostentaba su dedo meñique.

—Si no se tratase de una broma de carnaval... —objetaba ella incrédula y melindrosa.

—Elisa—replicaba él con calor,—en mis negocios, en mi vida entera, gozo fama de hombre formal; por eso mi crédito es tan sólido—y prosiguió gravemente:—quien puede mostrar recelo soy yo, pues á pesar de las protestas de sus padres, todo el mundo cree que usted se casa con Solís. Hasta el pueblo no habían llegado tales noticias, pero en Orbeda...

Elisa prorrumpió en una sonora carcajada para encubrir su turbación, y exclamó desdeñosa, alta-nera, implacable:

—¡Casarme con un poetastro, sin más fortuna que tres chiquillos insufribles!... ¡ni que estuviese

local—y continuó, tras breve pausa:—Piénselo bien, y si está dispuesto á formalizar el asunto, ya verá usted qué pronto escarmiento á ese periodistilla visionario, para que no comprometa mi porvenir con versos importunos.

## XVII

La indignación de Pepe sólo fué comparable á la alegría de Mercedes; él temblaba al ver destruída la felicidad de su padre; ella gozaba pensando que aquella mujer sin corazón ya no suplantaría á su madre, y sentimientos tan divergentes, aunque de idéntico origen, suscitaron una controversia en que la niña abrumó al muchacho por haber defendido á Elisa y á las madrastras en general; por haber calificado de egoísmo las prevenciones que, en aquel caso, resultaban irrefutables y por haber llegado, si no á querer, á respetar á una advenediza, á una intrusa que, en vez de admirar á Solís como á un sér superior, escarneaba su cariño.

Pepe defendía sus antiguos argumentos con la misma firmeza conque trazaba el nuevo plan de conducta. Antes, mientras creyeron á Elisa digna y enamorada de su padre, debían contribuir á su

felicidad, aun á costa de la suya; pero entonces... entonces... aunque horrible y doloroso, había que librar al pobre Manuel de su amorosa ofuscación, de las redes de la coqueta, aunque fingiera quererle si el otro pretendiente no se decidía á casarse.

Mercedes se entusiasmaba con la resolución de su hermano, pero éste aplacaba á la niña aconsejándole calma, reflexión, prudencia. Mientras no terminasen las oposiciones, cualquier intento, la más leve indirecta, resultaría abrumadora, deprimente. Por otra parte, había que buscar los medios de atenuar el golpe, de ofrecer el consuelo antes de que vibrase el dolor. Los malos amigos, los envidiosos, los maldicientes, ya se encargarían de atormentar á Manuel; por eso, si sus hijos no se condolían, no trataban de resarcirle del perdido cariño con un amor inmenso, con una ternura infinita, ¡qué refugio quedaba al pobre iluso, cuyos ensueños se estrellaban implacablemente contra las crueles realidades de la vida!

Había que idear algo ingenioso, delicado, íntimo, para revelarle el secreto.

El desenlace de las oposiciones no se hizo esperar; un entusiasta y vibrante telefonema les comunicó el triunfo de su padre, la votación en que había obtenido el número uno, eligiendo la plaza de Cantábriga.

La alegría de los niños fué delirante; no pensaron en los positivos beneficios que podía repor-

tarles el triunfo; sólo pensaron en que el talento de Solís se había impuesto á todo, al tribunal, á los opositores, á la incredulidad del tío Alejandro Magno, á la suspicacia de los pesimistas de Orbeda. Ya que la ciudad no se asociaba á su enloquecedor entusiasmo, ellos le prepararían una apoteosis de cariño, una fiesta íntima, original, conmovedora. Y, además, en la casita de muñecas, templo de recuerdos queridos, representarían en honor suyo la primera comedia de Pepe.

Y ¡qué comedia! los preparativos trastornaron, no sólo á los niños, sino al enjambre de personajes liliputienses. El más absoluto secreto rodeaba los ensayos; jamás autor alguno ocultó un argumento á la curiosidad de los críticos con la obstinación que Pepe ocultaba el suyo á los extraños; jamás un dramaturgo novel cifró más esperanzas ni sufrió tan angustiosas inquietudes por el éxito de su primer estreno.

Llegó el día anhelado y temido. Solís, emocionado por la efusión de los pequeños, intrigado por la anunciada sorpresa, sentó á Pilarín sobre sus rodillas con asombro creciente al ver que la representación iba á ser á puerta cerrada y tan secreta, que él y la chiquitina constituían el público tan escaso como benévolo.

Las frívolas conversaciones con que las muñecas hacían su presentación durante las primeras escenas, contrastaban con la voz temblorosa de Pepe y Merceditas; su entonación, su alterado

acento, no armonizaban con las ligeras y festivas bromas de la sociedad provinciana en que se desenvolvía el argumento, ni con las punzantes críticas con que zaherían á la protagonista, *Laura*, aparatosa muñeca de rizosa cabellera rubia.

Pronto comenzó á vislumbrarse el asunto; en el semblante de Solís reflejóse viva contrariedad; se asombraba de que sus hijos, sobre todo Pepe, tan tolerante, tan comprensivo, tan razonable, incurriera en la manifiesta hostilidad que revelaba el primer acto de la obra. El tipo de *Laura* era un candoroso plagio del de Elisa, y en aquellas reuniones no faltaban ni el bullidor Trifoncito ni la caricatura de la intransigente señora de Bermúdez.

La inspiración de algunas escenas y la soltura del diálogo revelaban, entre ingenuos infantilismos, la fibra de un autor realista, perspicaz observador de la naturaleza. Pero al entusiasmo de Manuel al descubrir tan relevantes dotes en su hijo, se unía indefinida inquietud ante la finalidad de la obra, que indudablemente encerraba alguna intencionada moraleja ó alguna dolorosa revelación.

El propio Solís se vió retratado en el protagonista, poeta de genial talento, de gallarda apostura, de carácter impulsivo y de alma apasionada. *Fernando Contreras* era el ídolo de la población en que se desenvolvía la sencilla trama; mas la gloriosa aureola de la admiración pública contrastaba con las tristezas íntimas de su hogar, donde varios bebés de blondos ricitos lloraban descon-

soladamente al ver que *Laura* suplantaba á su madre en el corazón de *Fernando*.

La sociedad de muñecas se regocijaba en tanto con la perspectiva de fiestas nunca vistas, que iban á celebrarse en la ciudad, descollando entre todas unos Juegos florales, á que acudían los más renombrados poetas españoles, como á reñido torneo literario, en que vencía *Contreras*, obteniendo el premio de honor, la flor natural y el derecho de elegir reina de la fiesta.

Las intrigas que las damiselas provincianas suscitaban para que el poeta las eligiese, elevándolas á aquel florido trono de amor y galanía, producían escenas deliciosas y de admirable colorido.

Solís, tranquilizado por no hallar alusiones directas en aquel acto interesante y movido, daba rienda suelta á su admiración y aplaudía entusiasmado á Pepe, que no parecía envanecerse ni aun alegrarse con tan sinceros plácemes.

Aparecía después un teatro de muñecas, donde iba á realizarse la repartición de premios á los autores laureados. *Fernando* comparecía el primero, apuesto, radiante; recibía de manos del presidente la simbólica flor, y con la gentileza con que un caballero medioeval hubiese arrojado á las plantas de la dama de sus pensamientos el trofeo de una victoria, él ofrecía la codiciada flor á su adorada *Laura*, que ocupaba su trono de flores entre el tiroteo de las insidiosas críticas de todas las damas desairadas.

La representación de los Juegos florales resultaba una verdadera apoteosis del talento y de la gloria de *Fernando*.

Al terminar aquel acto, que era el segundo, Solís no pudo dominarse y abrazó loco de entusiasmo á su hijo; pero éste permanecía impassible, reservado, frío. Sólo al iniciarse el imprevisto desenlace comprendió Manuel la extraña actitud de los niños.

Enloquecido, apasionado, ofrecía *Contreras* á *Laura* su amor y su porvenir, como antes le había ofrecido la flor del certamen; pero ella, inexorable, altiva, cruel, una vez realizada su aspiración de deslumbrar á todas sus rivales siendo elegida reina de la fiesta, escarnecía con su desdén al pobre poeta iluso á quien había utilizado como mero instrumento para el triunfo de su vanidad y le desairaba públicamente para casarse con un obeso millonario, enriquecido en un tenducho de comestibles, sumiendo en la desesperación á *Fernando*, que sólo hallaba consuelo en la inmensa ternura de sus hijos.

Pocos dramas producen la intensidad de emoción que originó el desenlace de aquel que conmovía honda y simultáneamente al autor, á los actores y al público.

Las miradas de Solís se fijaban, extraviadas, anhelantes, en el rostro pálido y transtornado de Pepe.

Al terminar la representación, no resonó un aplauso, sino un sollozo largo tiempo contenido...

Manuel se dirigió interrogador hacia Pepe. La ambigua actitud de Elisa, su silencio, las punzantes reficencias de los amigos al volver á Orbeda y, finalmente, la obra ideada por su hijo, fueron lacerantes y repentinas revelaciones. Pero en vano interrogó con trémulas frases y con escrutadoras miradas; por toda contestación los tres niños se arrojaron, llorando convulsivamente, en sus brazos.

. . . . .

La partida de Orbeda fué tan triste como bulliosa y alegre había sido la llegada. Sólo bajaron á despedirlos los más íntimos, Díaz Valdés, el carbonerito y Rascafría, embelesado por heredar la dirección del periódico.

Era una tarde de Marzo, lluviosa y fría; la uniforme y monócrama nebulosidad del horizonte parecía despedir también con glacial indiferencia á los advenedizos, que habían pretendido formar en Orbeda un nido que les brindase refugio, intimidad, calor.

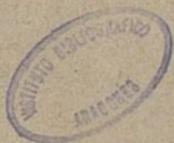
Solis contempló por última vez el panorama de la ciudad, donde quedaban girones de su vida y de sus ilusiones... un ensueño desvanecido, un amor traicionado...

En las miradas de los niños vibraban la ansiedad que en la infancia despierta la perspectiva de

lo imprevisto, el ansia voladora de arribar, por fin, á regiones de amor, de placidez, de alegría...

El tren emprendió la marcha. Las aves viajeras tendían nuevamente el vuelo hacia lo desconocido.

En el andén, azotado por la lluvia y el viento, sólo quedó Valdés, petrificado por un dolor sombrío y silencioso, que hacía correr tardías lágrimas por los surcos de sus rugosas mejillas...





ESTE LIBRO ACABÓ DE IMPRIMIRSE  
EL DÍA XVI DEL MES DE JULIO  
DEL AÑO MCMIX EN LA  
IMPRESA DE LEANDRO  
PÉREZ, RAMIRO EL  
MONJE, 35,  
HUESCA.











**INSTITUTO BIBLIOGRAFICO ARAGONES**  
BIBLIOTECA DE ARAGÓN



1135153  
IBFA.622

IBFA-